



nº 21



TORRE DE SAN MIGUEL

calles

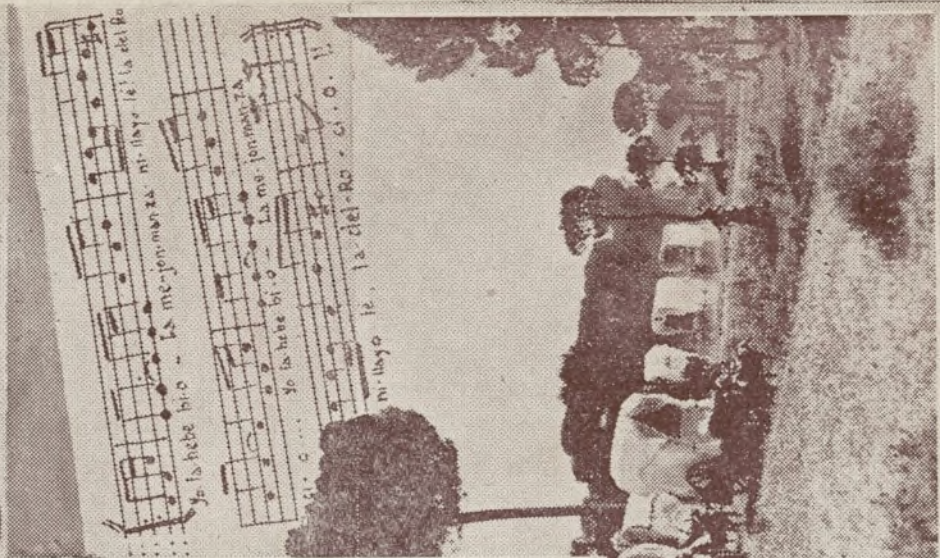
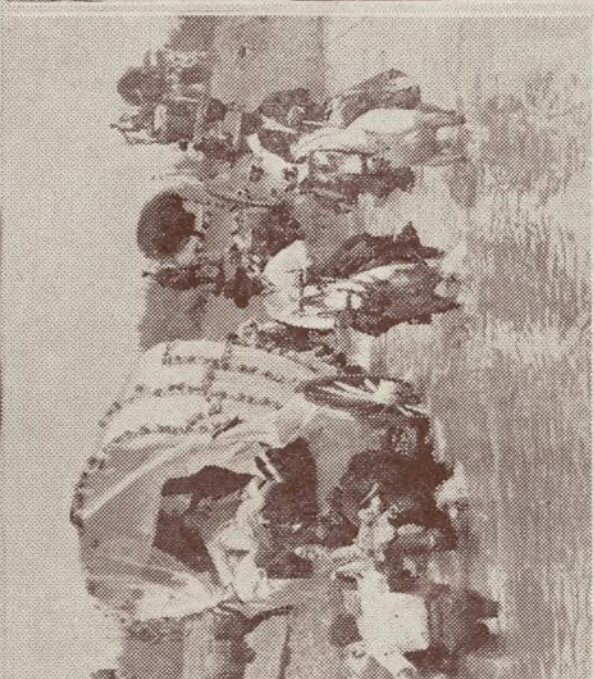
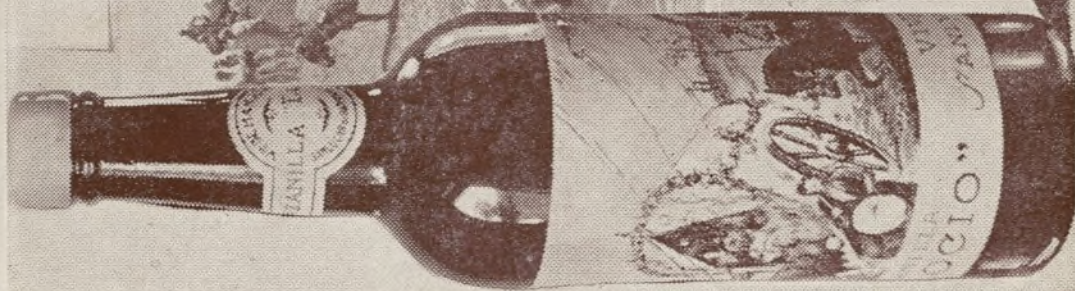
REVISTA LITERARIA

Ayuntamiento de Madrid

INDICE

Portada: TORRE DE SAN MIGUEL, DE NUESTRA	
CIUDAD	<i>Luis de Barja.</i>
Nuestros colaboradores: JOSÉ M. ^a PEMÁN.	<i>Jalón Angel.</i>
EL SALVADOR DE ESPAÑA	<i>F. de los Rios y de Guzmán.</i>
DESTINO DEL AIRE	<i>Argimiro Aragón.</i>
ROMANCE DE ZAMACOLA	<i>Julio Estefanía.</i>
POEMA DE LA GLORIFICACIÓN DE LA ESPIGA.	<i>Alvarez Heyer.</i>
SIGLO XVIII	<i>Jesús de las Cuevas.</i>
EL MORO BLANCO.	<i>José M.^a Hernández-Rubio.</i>
EN EL CARNAVAL DE 1837	<i>Nicolás Olivari.</i>
TERUEL	<i>Manuel Chacón Sánchez.</i>
LA CONDESA BEATRIZ	<i>Pedro Montero Galvache.</i>
MEDIODÍA.	<i>José María Pemán.</i>
CANTO DE LAS BAYONETAS.	<i>Francisco Montero Galvache.</i>
EL ATAUD DE CRISTAL	<i>F. Gómez de Travededo.</i>
<u>«ENCUESTA LITERARIA»</u>	
JULIO ESTEFANÍA.	
JOSÉ SANZ Y DÍAZ.	
«EPIFANÍA DEL TRABAJO»	<i>Benjamín Ramos García.</i>
NIEVE	<i>Juan José Fernández.</i>
ANTENA LITERARIA.	
EN TORNO A UNA EXPOSICIÓN DE REVISTAS	<i>José Sanz y Díaz.</i>
BIBLIOGRAFÍA	<i>Luis de Barja.</i>

MANZANILLA "EL ROCÍO" - VDA. DE MANJON - SANLUCAR DE BARRAMEDA



Yo la he bebí-o.
la me-jón manzanilla
y, tolé-l,
la de «El Rocío».
Hofers.

Asociación de Armadores de Buques de Pesca

DE CÁDIZ

Desenvuelve todas sus actividades
-- en régimen cooperativo puro. --

Rafael de la Viesca, 4.



TELÉFONOS 2606
2553

C A D I Z

MANUEL FERNANDEZ Y C.^A, S. L.

ESPECIALIDADES AMONTILLADO VICTORIA -- COÑAC PLUS ULTRA
JEREZ QUINA DEL RAMO

JEREZ DE LA FRONTERA

NUEVA INDUSTRIA JEREZANA

Fábrica de Cápsulas y Tubos Metálicos "SAN PEDRO"

CHACON y Compañía

Primera Fábrica Andaluza de Productos de Plomo y Estaño, montada con los adelantos más modernos de la técnica.



Fábrica y Oficinas: Méndez Núñez, 8. - Teléfono 1928

Para la revista Cauce :
camis que ya, antes del 18
de julio, eran flechas...
Cordialmente

/ Primo Pinós

1938
III AT



EL SALVADOR DE ESPAÑA

Después de Cristo, el Salvador del mundo,
alza la frente el salvador de España,
providencial Caudillo que acompaña
por su curva triunfante al sol jocundo

De gesta vertical vuelo rotundo,
la aurora en arcos de victoria entraña
y del perpétuo día en la campaña
la médula de luz yergue fecundo

Titán de llamas cual aquellos mitos
inventores de mares y de tierras,
en islas de sol jamás proscritos,

alza triunfal la guerra de las guerras
y nutre las antorchas de Occidente
con el perpétuo faro de su mente.

Fernando DE LOS RÍOS Y DE GUZMÁN

Destino del aire

Los ángeles golpean
mi corazón por dentro,
van por mis venas como barcos dormidos
hollando la emoción de todas las orillas
sus pies desnudos.

Los ángeles se escapan
de mi boca, igual que los suspiros
y mis palabras son ángeles.

Me acompañan por todo mi camino, y llevo
alrededor un torbellino de ángeles,
de ángeles mudos

Los ángeles que no saben geometría,
los que alguien metió dentro de mi pecho
cuando estaba dormido,
me acompañan.

Angeles de alas rectas,
que cuando descanso sobre el campo
tienden sobre mí
un toldo de plumas y de espadas.

Y cuando descuidado
robo a la atmósfera el aire que me falta,
respiro ángeles, y vuelven
como un deseo,
mordiendo las entrañas.

Los ángeles tristes que llevo dentro...

Cuando aprendí a levantar la mano
mis ángeles tenían heridos los cabellos
y cuajadas en sangre las puntas de las alas.
Esos ángeles que me golpean el corazón por dentro.

A r g i m i r o A R A G Ó N

Romance de Fernando Zamacola

1

Por bravo le tienen preso,
por bravo y por falangista.
¡Dale ya la libertad,
Puerto de Santa María!
Que sus cachorros más fieles
José Antonio necesita.
José Antonio, capitán
nacionalsindicalista.
Y bajo el sol de verano
Zamacola, libre, grita,
en la mano la pistola
y en el alma la consigna,
voz de mando en las palabras,
y coraje en las pupilas.
Mi camarada Fernando,
mira libres las salinas;
mira Cádiz ya español,
mira salvada a Sevilla;
cuatro puntos cardinales
¡Arriba España! te gritan,
y en su prisión de Alicante
el César dió sus consignas.
Brava fiebre de pelea
le arrebola las mejillas,
el mar se ondula a lo lejos
y el sol sobre el mar rebrilla.
¡Hermosa tarde de julio
para la gloria infinita!
¡Cuántos rosales esperan
carmín de puras heridas!
¡Cuántas flechas se disparan
desde África a Galicia!
¡Cuántas mocitas bordando
las simbólicas camisas!
¡Cuántos fusiles dispuestos
por los caminos caminan!
¡Cuántos luceros encienden
la noche de Andalucía!
Y ya está el mozo dispuesto,
ya está la tensa vigilia,
ya está, nuevamente, a punto
su valor de falangista!
Nuevas pistolas le llaman

desde todas las esquinas,
los campos piden su fuego,
las altas nubes, su risa,
los cristales de los ríos
su figura seca, altiva;
y ¡España!, su España, el brazo
nacionalsindicalista;
los viñedos de Jerez,
las sierras y las marismas,
los pueblos color de cal,
el mar, color de amatista...
¡Zamacola!, ¡Zamacola!,
le llaman, le necesitan.
Está contento, Fernando.
Sólo una pena, penita,
tiende sombras en su alma
tan clara de falangista.
No haber jamás estrechado
la mano sabia y amiga
de aquel César—¡José Antonio!—
por quien da feliz la vida...
Sólo una pena le muerde,
como un áspid, la alegría.

2

Allá va cual huracán
el Tercio de Zamacola.
¡No hay trincheras que resistan
sus cuchillos, sus pistolas!
Es un torrente caliente
que riega la tierra sorda.
Ángeles de la vanguardia,
eterna furia española.
Mozos rudos de los Puertos,
muchachos de sol y coplas,
que a la lucha van con gozo
como si fueran de ronda
Banderas de rojo y negro,
entre las manos callosas,
manos honradas y fuertes
artesanas, labradoras,
y cinco flechas al pecho,
cinco flechas orgullosas.
¡Sierra la de Grazalema,

picachos rudos de Ronda;
 desfiladeros y ríos!...
 ¡Toda Andalucía hermosa!
 Por viñas, por olivares,
 — ¡hierro y canción! — va la tropa.
 Y cantan vientos y estrellas
 en el cristal de las horas;
 cantan estrellas y vientos:
 «sólo un nombre: «¡Zamacola!»
 La vida se hace romance,
 la guerra se vierte en coplas,
 «En Rota, junto a la playa,
 Fernando, llora tu novia».
 En Rota junto a la playa
 la novia de Zamacola.
 Por cada herida que tiene
 le manda el novio una rosa.
 ¡Quince rosas ha juntado
 la novia de Zamacola!»

3

La muerte le va siguiendo
 igual que una mala hembra.
 La muerte que está celosa
 de la novia pura y buena.
 Le tira negros cuchillos
 en la noche negra y negra,
 y las heridas Fernando
 las convierte en rosas frescas.
 ¡El lleva la mejor rosa
 bajo un yugo y cinco flechas!
 ¡Rosa de su corazón
 bajo la camisa nueva!

.....
 Ya le traen, ya le traen
 por la blanca carretera.
 Esta noche tiene el mar
 sonos de campanas muertas.
 Puerto de Santa María,
 mira que Fernando llega;
 ¡ay!, mira que viene ya
 entre fusiles de cera

aquel cuerpo de león
 que hizo retremblar la tierra.
 Míralo sobre la caja
 y mirando a las estrellas,
 con sus pupilas cuajadas,
 con su barba nazarena.
 Dejad las barcas, marinos,
 guardad, mozos, las botellas,
 sacad en cambio el pañuelo
 y descubrid la cabeza.
 Mirad que a Fernando traen
 desde las tierras mineras,
 como un metal enfriado
 su perfil de anacoreta.
 Llorad, mujeres del Puerto
 y Jerez de la Frontera...
 Que Fernando Zamacola,
 luz de brío y de leyenda,
 ha caído como un bravo
 en las tierras cordobesas.
 La Medalla Militar
 sobre el roto pecho lleva
 ¡y su cuerpo viene envuelto
 en bandera rojinegra!
 Aprended, mozos altivos,
 de este ejemplo de la guerra,
 soldado de José Antonio,
 que amó a su Patria, y por ella
 regó con chorros de sangre
 por quince veces la tierra.
 José Antonio, José Antonio,
 su mano fría le estrecha,
 y un puesto de honor le indica
 en honda noche de estrellas...
 Ya se ha muerto Zamacola
 con quince rosas sangrientas...
 ¡No habrá una novia en el mundo
 que tenga rosas más bellas!
 ¡Cinco rosas de triunfo
 tiene nuestra primavera!...
 ¡Y quince rosas Fernando,
 clavaste en tus cinco flechas!...
 ¡¡Por España grande y libre,
 tres veces la primavera!!

J u l i o E S T E F A N Í A

Poema de la glorificación de la ESPIGA

Como al oro, en esencia, no se aproxima el cáliz,
porque el oro es escaso y está mal repartido,
el Vaso del Señor se da en un tarse
con el matiz ubérrimo del trigo.

Y así, en el pardo vientre de la tierra
se prodigan los cálices divinos.

Y hay en la mies un aura tan suave,
cuando aún la mies al viento no le tiene cariño,
que parece que el llanto de Belén
se está escanciando en el nacer del trigo.

Y hay en la mies un aire tan secreto,
cuando la mies ya danza en su delirio,
que diríase imita la prestancia
de un pueblo iluminado por las frases de Cristo.

Y hasta el Sol, en el véspero, se sangra
y de rodillas muere junto a los pies del trigo.

Caliente y blanco pan entre manteles blancos
y lumbre en los hornillos.
Y en las verdes barandas
un revolar de oxígeno,
que traiga el perfumar de los romeros
y el undoso sabor de los olivos.

Y dentro de la mano adolescente,
los primeros dibujos del destino.
Y encima de la duda más pequeña,
la explicación azul de un cielo limpio.
Y un brillar de evangelio entre los párpados,
cuando miren los ojos demasiado en las huellas de polvo del camino.

Y, como tú, en mi casa
yo tendré un patinillo,
con macetas de nardo en primavera
y un morir de claveles en estío.

Y un manojo de espigas, por la tarde,
yo le traeré a mi niño:
que a mi Rosa le gusta,
cuando ya lo ha dormido,
que en sus pechos nerviosos de savia
le derrame, riéndose, las perlitas de trigo.

Y mi joven chaparro llegará a contemplarse
sobre un mayor espejo su talle concluido,
y entre sus ramas instalarán los pájaros
para su amor más anchos paraísos.

Y entonces ya será esposo cien veces
el infante primero de mi aprisco.

Y el peine negro de mi linda Rosa
ya alisará en sus ondas un empezar de lirios.

Y como a un raro sauce en perspectiva
me aclamará mi frente desde el agua del río.

Y en tal instante ya seré en el tiempo
un reflejo magnífico;
porque habré sido ya un total destello
sobre todo lo mío.

Tendré para el declive de mi espera
la voz hecha ya ámbar de mi niño,
y un hálito de mies—de espiga antigua—
entre los vellos grises de mi pecho de viejo campesino.

¡Y qué suerte tan bella
morir en el momento en que se acabe de recoger el trigo!

A l v a r e z H E Y E R

SIGLO XVIII

El siglo XVIII es una breve antesala de la muerte, un recibidor con puertas de oro y maneras amables. De una amabilidad que es alegría fingida o dulce ceremonia cortesana.

Porque el siglo en sí, es sólo eso. Una ceremonia larga, igualista, de espaldas al derrumbamiento. Un ir y caminar con los ojos cerrados—a la gallina ciega—, como en el tapiz goyesco, entre corros de lindas manos ducales y prados de un verde acuarelista. Pero rotos también, hundidos en precipicios dantescos y revolucionarios, de un oleo sucio o de un acre sabor a sangre.

Hacia ellos—a pesar de ser bien perceptibles con sólo buscar una eminencia de pensamiento, un remontarse de la banalidad estúpida—va esta juventud diocechesca, vendándose los ojos unos a otros para no vislumbrar su fin y su martirio. El temor quizás de ese temido peligro que enturbie su aburrida existencia, llena de bostezos y contagiada de suspiros.

Porque para destruirlo le falta el valor de ir a él, con el cuerpo limpio y la cara descubierta. Y lo oculta, lo esconde, creyendo o fingiendo que desaparece.

Es el artificio de esa artificialidad, de esa teatralidad diocechesca. El figurín, la seda, el bastidor que deslumbra o el cortejo que entusiasma. Pero falta la estabilidad, el cimiento, la trama o esqueleto que sostenga esa vestidura recamada y brillante. A mí me da la impresión este falso siglo XVIII de una agradable casa de cartón, a la que de repente se le quitan los cimientos y como es natural, se desmorona y hunde.

Pues ese fundamento, esa base que sostiene lo exterior, es mella y carne del afilado diente enciclopedista, que la roe con un ansia y entusiasmo, dignos de su mejor maestro volteriano. Casi con la ayuda de esa melancólica y «roussoniana» juventud, que gusta de columpiarse en su propio vacío, con el rostro lleno de afeites o una palabra académica y galante entre los labios.

Académica, de la rígida ordenación enciclopedista. Lo recortado y geométrico vive y alcanza a todo. El jardín se ha hecho arriates. Para entre ellos cantar—hay que cantar el placer—un soneto de Ronsard—entre rosas y espejos, con una voz remilgada y dulzona, buscando al mismo tiempo actitudes y figuras de comediante antiguo.

Olvidando la gracia. La gracia de una danza helénica o de un torneo medioeval de caballeros en armas.

Porque aquí sólo se persigue lo precioso. Dar fe a la preciosidad, encontrar la falsa alegría del movimiento meditado, el lienzo de Watteau que se adivina, entre esta cortesía de galones engalanados y bellos juegos campestres.

Con un pañuelo y una pavana. O un mirto. Fina batista de princesa que mueve el aire cortesano a su alrededor, soñando palacios y recepciones de fantasía. Cuando tras él, el pueblo llora ya la lejana aventura de América, la amarga tierra de la Luisiana y construye en su pensamiento horcas y guillotinas de madera y sangre.

Es la inconsciencia o la ineptitud de este siglo de fingimiento, artificial y frágil como un ramo de flores de papel o una sutil porcelana versallesca. Olvidando al hierro—a la dura pesada de la armadura—por la pantufla suave o el veneno escondido. La espada ligera y romántica, vengativa, que sabe de honores y desafíos a muerte, viene después con la revolución de los preceptos y el nacimiento de la libertad y de la pasión en la Literatura.

Aún en este, el verso y el teatro, tienen sus reglas de ritmo, luz, unidad y tiempo. La sola acción en el sólo giro de la luz febea, el triunfo de la razón y de la vida sobre la imaginación apasionada y la muerte presentida.

Hay veces también en que el pueblo se sobrecoge y rebusca en las cenizas de la hechicería, queriendo describir su futuro, la razón de su aburrida existencia. La misma divina y mundana María Antonieta—pálida como el mármol—pone sus dos manos paganas, sobre la varilla mágica de la cubeta de Mesmer. Dentro, había cristal, arena y unos ojos de sangre fijos sobre su cuello de emperatriz austriaca. Como un presentir a su triste final en este reino de reina. Como una flor o un suspiro. Como el siglo mismo.

Porque ella es el siglo. Tan liviana y dulce, pasajera y eterna. Nacida en un temblor, muerta y mártir en olor de gracia. Desde aquel «¡Dios mío, cuánta gentel!» novia de Francia, que en el día de bodas, se asoma del brazo del Delfín a los balcones de su palacio, mientras ascienden por el aire cohetes con coronas reales y nupciales hasta el humilde perdón y disculpa por haber pisado a su verdugo, al pie mismo del cadalso y entre una tempestad de gritos y de ruecas hilando su mortaja.

Detrás la noche de Varennes temblando la angustia infinita de la huida, el Triunfo que se esfuma o el fusil que aparece y vuelve a aparecer en un breve paréntesis revolucionario.

El romanticismo necesita de esta huida. Lafayette fué un espíritu del XIX, un «byroniano» que puso rumbo al decidente con el mismo ímpetu que Lord Byrón a la Grecia cincuenta años más tarde. Buscando una emoción, un nuevo pensar, quizás el único camino de la regeneración esperada entre estas brújulas muertas sin orientación ni destino.

Se ha dicho por último, que el XVIII fué una sonrisa que terminó en sollozo. Sonreír con la boca entreabierta, fingiendo la risa es muy propio de este siglo. Por culpa de ella, el XX, este siglo que vivimos ha de ser un sollozo incontenible, un amargo llanto que bajo el júbilo de la mano abierta y la guardia eterna de nuestros muertos, termine en la más clara y alegre de las alegrías.

J e s ú s D E L A S C U E V A S

“Creemos en la suprema realidad de España“. Hacia esta realidad ha de tender el ímpetu de nuestras flechas agudizadas en el amor y la obediencia.

EL MORO BLANCO

De pronto, en el atardecer, cuando allá en el límite del llano del Garé, hay una delicada gradación de finos planos azulados de las montañas aureoladas en amarillo y fuego por los rayos del sol ya puesto, se me ha aparecido como una figura de la Comedia del Dante, blanca y flotante, por entre los riscos de una vaguada de las lomas áridas de Muley-Rechid.

Venía subiendo, lentamente, recortándose su figura vaporosa al fondo del valle. Se paraba de cuando en cuando, y todo lo miraba...

Por fin pasó por mi lado.

Pausado, tranquilo y solo, vestido todo él de blanco, sus ojos pardos como el paisaje, su fina barba y bigote cuidadísimos y...

¡Qué mirada la suya mitad amable y dura, mitad de superioridad y de curiosidad! Me ha dado en ese español suave, en *u* y en *i*, las buenas tardes, con una sonrisa quieta.

Yo seguí bajando al valle mientras él, con una maravillosa elegancia, iba hacia arriba lentamente, dueño de sí y de su mundo, casi como un alma pura o un dios. Partía yo por el valle, cuando un grito me paró. Volví la cabeza y él allí, en el ángulo destacado al aire entre dos laderas, gritó:

—¿Dónde vas, alférez?

—A Sidi-Sdiak,—le dije.

—Espera,—contestó.

Y corriendo y saltando de risco en risco, vino hasta mí.

—Ven conmigo,—me dijo,—este camino es mejor.

Y me llevó a uno, llano y preparado.

—Muchas gracias,—le dije.—Y él contestó:—Nada, amigo, nada,—con una sonrisa única de dueño y de servidor.

Seguí por el camino rojizo, y la noche iba a caer en rápida carrera, cuando subí a la cima de Sidi-Sdiak.

El valle del Kert estaba quieto, limitada a lo lejos su enorme llanura desértica por el gris pálido de las montañas del Atlas.

Y allá abajo a mis pies, mientras un camello se asomaba a la perla azulada de la charca del valle, el moro blanco, entre ladridos de perros, saludos de mujeres y gritos de niños, entraba en su casa ocre claro, recostada en la vertiente seca... La luna asomaba entonces magnífica en el oriente, y yo encantado en la quietud crepuscular, preguntaba a las estrellas y a la noche cercana:

¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Quiénes son sus padres? ¿Cómo vive y piensa ese moro blanco, casi solitario, amable y misterioso de las lomas ariscas y los valles áridos de este Marruecos oriental impenetrable en su esencia más íntima y tranquila, desconocida y sencilla en apariencia, en su quietud eternamente sedienta de todo?

J o s é M a r í a H E R N Á N D E Z - R U B I O

SIDI-SDIK.

En el Carnaval de 1837....

Mil ochocientos treinta y siete. Cómo suenan las trompetas en la calle y sube hasta el pisito en tinieblas el hervor del Carnaval. Poliedros de sombras van a juntarse fastasmagóricamente, unas sobre otras, calcomanías de trasmundo, relievadas por la luz que, cómo un grito vertical, viene desde la calle.

Madrid, Madrid en 1837, justamente. Y Carnaval.

El hombre apenas se divisa en el espejo que lo retrata y para cuya figura tiene una mirada desdeñosa y cansada. Algunas gotas de sudor han rodado sobre su frente abovedada, en la que se levanta un jopo orgulloso y contumaz. Un jopo de peluquería romántica y caballeresca, de esos contruídos artificialmente por las manos de las mujeres adoradas, que saben sepultarse en el vellón, en la hora baldía, mustia, incolora, que señala un viejo reloj con parejas galantes de marqueses detenidos en falso aire de vals. En la hora que sucede al amor y que es la hora más profundamente enigmática del mundo.

El espejo devuelve la mirada cansada y desdeñosa.

—Sí, éste soy yo, parece decirse el caballero en la sombra. Oleo pastoso, apunte para un cuadro futuro, en el que trabaja un pincel de sombra y luz que viene de la calle. Los visillos corridos, el día que muere, los gritos que ascienden y, del todo, aquel prolongado chirrido del gracioso pelele de matamoros que se ha obstinado en plantarse bajo el alféizar para su gárrula monería.

El caballero, cansado y triste, ha levantado la cabeza, que apoyaba en dos manos largas y delicadas, manos de escritor desde luego, y ha sonreído vanamente a la figura que le responde desde el azogue entenebrecido.

¡Qué bellos son sus veintiocho años cumplidos! Jopo y perilla romántica, encuadrando la cara alargada y fina, con sus ojos brillantes e irónicos, en los que se agazapa la melancolía como en el crepúsculo el lebril de la tarde.

Ha venido de la calle. Ha cruzado, forrado en su capa, entre la locura del Carnaval. Ha hendido a codazos la prieta multitud clavada al baile y a la juerga y ha dejado en la vieja que se santiguó al verle tan tétrico, tan oscuro y tan sombrío, una vaharada de azufre.

El pálido caballero de la perilla en punta recuerda. Recuerda el empapelado que cuelga, más papel en jirones, en la redacción de su periódico. El olor a imprenta que le impregna traje, piel y alma, porque es el olor de la dignidad de su oficio. Y el otro olor, aquel del pozo del tintero, negruzco fondo desde donde parte la exudación del «Pobrecito hablador», ingenioso y sangriento lirio de antología.

Unos golpes en la puerta despiertan al ensimismado caballero.

¿Quién va?

Es un doméstico.

—Han traído a la niña, señor.

—¡Ah!, sí... Que se entretenga en el patio con la hija de la portera. Podrá ver pasar las máscaras...

Han vuelto el silencio y la sombra. Rebullen en la mente del caballero la última palabra pronunciada. «Máscaras»... Se sonríe ferozmente. Podría ahora escribir un artículo, un excelente artículo, esto es: un puñado de pesetas. «Todos llevamos máscaras»; y piensa en los tipos sórdidos, en las fauces desencajadas, en las pasiones inmovilizadas en las caretas de piedra que su imaginación construye.

—¡Bahhl!..., tarde es.

Hubiera querido encender un velón, pero se detiene. Alcanza la ventana y escucha el ruido del corso, gárrulo y enloquecido. Un profundo desdén que se hace abatimiento lo atraviesa.

Acaso escucha, tan lejanamente, la voz de la niña que en el patio corre tras la hija de la portera. El crepúsculo contagia su enfermedad de amarillos presentimientos. Su livor de agonía, porque ésta es la hora señalada para la muerte de los tuberculosos.

Sobre la antigua mesa donde el caballero escribe y come, porque lo primero le da lo otro, su mano duda entre la perfilada pluma y la caja. Pero su mirada acaricia las dos cosas. Principio y fin de todas las cosas.

Se nace triste como se nace ciego o giboso. El caballero de la barba en punta se sabe triste en la vaciedad de la fiesta y todavía en la sombra alarga la aristocracia de sus manos de escritor, como quien buscara asirse de algo. En su alma el descendimiento es brusco y total, como dentro de una hendidura sin fin. El vértigo es la debilidad de su hora. Extraordinario caballero que ha quemado todas las creencias, todos los apoyos y a quien ya nada le queda para creer. Agria comisura de su boca que sonrió de todo. Madurez del joven que lo convierte en el ensabanado invisible del suplicio incrédulo. La pluma o la caja. Pero la pluma está tan cansada, tan apagada como él.

Otra vez los nudillos del doméstico dan en la puerta.

—¿Quién ahora?

—Ella, D. Mariano.

—Ah...

Se han entendido. El caballero, supremo esteta de su suplicio, cree que basta para la entrevista la claridad que viene de la calle y empaña fosforescente la sombra de la sala. Quedará bien para la ruptura, para la despedida, ese medio tono indeciso, ese funeral de luz. Aun alcanza, rápido el pensamiento, a sonreír por última vez. Sí, quizá, la historia literaria recoja su gesto, y los denuestos que él, hoy, ya no puede acumular sobre la cabeza de la visitante, estallen mañana, dentro de cien años, siempre por boca y pluma de aquellos a quienes encandiló su estilo.

Pero la visitante está ante su presencia. Un dominó absurdo la vela. No extiende la mano, ni habla, ni mira. Súbitamente crecida, volumen de su desesperación, está allí y nada más.

El caballero de la barba en punta perfila el saludo que corta a medias. En brusco ademán señala una silla. Todo es rechazado fríamente, odio cortés de la mujer. Murmullo en la sombra. Palabras entrecortadas. «Mi marido»... «Sospechan de mí»... «Sí, por última vez»... «He traído las cartas»...

El caballero de la barba puntiaguda hace una mueca. Contaba con el «atrezzo»

de la ruptura clásica, pero su materialización punza su delicadeza como el chirrido de un gozne o un mal olor. Tiende la desesperada vista hacia el crepúsculo, ya acentuado, y experimenta esa sensación de vértigo en una especie de fatiga pulmonar.

La mujer continúa extendiendo la mano ahora, en la que tiene un paquete de cartas.

«Clásica ruptura medio burguesa», se dice «El Pobrecito Hablador».

La mujer lo contempla despavorida y huye, dejando sobre la mesa, exactamente entre la caja y la pluma, como quien secciona un corazón de un tajo, su paquete de cartas.

El vértigo empuja al caballero de la barba puntiaguda hasta apoyarse en la mesa. Su mano encuentra la caja oblonga, negra, miniatura de ataúd.

Desde abajo insiste en su trompeteo el simple que va de matamoros. Todavía puede oírse a la niña que, oculta tras el guardacantón del empedrado patio, hace burlas a la hija de la portera golpeándose la boca abierta con la palma de la mano.

Otra mano, en la desierta sala, ha escogido de la caja la repujada pistola.

El instante no carece de cierta grandiosidad. Sobre el azogue incide un rayo de luna, aún muy ténue, que acaba de aparecer. El caballero contempla un almanaque: Madrid, 1837.

Coloca sobre la sien el caño, para lo cual aparta un rizo de aquella caballera que ahuecó, un romántico jopo, la mano de la embozada ida.

Esta vez el doméstico, celoso de la tranquilidad de su señor, no apoyó los nudillos en el leño. Entró despavorido, sobresaltada la luz de la palmatoria, cuando en la sala retumbó la detonación...

Tras él la niña que, cansada de sus juegos, anheló ver a su padre.

Allí estaba ciertamente el caballero de la barba puntiaguda, don Mariano José de Larra, más conocido por su seudónimo de Fígaro, como dicen los diccionarios, con su cabellera sedosa, agrumada en sangre y su perilla romántica.

A la consternación del criado hizo eco, voz de flauta pastoril en la noche enloquecida, la huerfanita:

—¡Oh!... Papá está jugando bajo la mesa...

N i c o l á s O L I V A R I

CONDUCTA

Amemos la Patria. Pero no con ese amor apegado a lo terreno, como las raíces. Amémosla en su eterna metafísica, en la misión que por designios providenciales ha de realizar en la vida de los pueblos.

TERUEL

La ciudad que ganó la inmortalidad por nutrir
su alma con la vivencia de sus muertos.

¡Primer Aniversario!... ¡Ante tí, de hinojos, Teruel: altar de la Cruzada!
¿Qué debemos creer de tí, tus tradiciones o tu historia? ¡Cómo te envuelve en niebla, en
nubes, el incienso de tus leyendas!

Los pseudos-historiadores de la antiespaña se jactaban en negar la existencia de Guzmán el Bueno, no digamos de Rodrigo Díaz de Vivar, ni de las gestas de Numancia y Sagunto.

«Si cuando los años y los siglos pasen, otra ola de negación hispana —Dios no lo permita— volviese a inundar la Península, se pondría en tela de juicio también la existencia de nuestro Guzmán toledano y Numancia turolense:

¿Moscardó? ¡Leyenda! ¿Teruel? ¡Patrioterías!...»

¡Pero qué más da! ¿Qué nos importa que poseamos o no las pruebas fehacientes de la existencia del héroe o de la gesta, si los valores humanos e históricos que simbolizas quedaron prendidos, existen, alientan en el alma nacional?

Ya pueden, Teruel, las ciudades rivales de tu comarca disputarte la capitalidad, aprovechándose del tiempo que llevas insepulta. Son los cuervos de la guerra. Porque tú, Teruel, reedificada o no, resucitada de tus cenizas como Ave Fenix o en solar convertida, de cualquier manera o modo, vivirás eternamente en la conciencia de los españoles y en las generaciones futuras, porque diste a la empresa de la Hispanidad la fecundidad de tus entrañas, la norma de tu conducta, el destino en lo universal de nuestra vida.

Ya tú, Teruel, eres leyenda: oro, incienso y mirra. ¡Cómo tiras de los españoles, con tu fuerza legendaria, Teruel!

El auto caminaba a cien y mi ansiedad a la rapidez de las balas que te han herido. A la hora misma de mi llegada, y guiado por el leal amigo turolense púseme a recorrer los lugares de la epopeya. Allí un suceso del sitio, acá una narración perdida en la leyenda de amor, de muerte y de vida más alta que la terrena. La realidad y la conseja confundidas por doquier en esta ciudad de maravilla con la muerte y la vida.

Declinaba la tarde. Pisamos lo que fué Gobierno Civil, Militar, Hacienda, Diputación, Hotel, Casino... Subimos al Seminario. Las hijadas del trabajo daban las últimas paletadas a los escombros. Un gesto desolador nos hizo rodear a los obreros, con intensa curiosidad amorosa. Entre las vetustas torres, rotas, las colosales campanas de bronce, partidas, los restos de la iglesia, fortaleza que llamaba la atención desde las afueras, aparecían aún a los ocho meses de la liberación seis cadáveres de sus heroicos defensores. Los rayos del sol poniente enviaban sus más intensos matices de sangre. Aquella noche, entre vigilia y sueño, los esqueletos de tanto edificio, tomaban, como por arte de magia, sus completos elementos arquitectónicos. Los héroes se levantaban de sus tumbas y se disponían a empuñar sus armas. Los siglos de la ciudad del Turia, con sus legendarios y románticos personajes, se animaban con calor y vida. Creía soñar. Temeroso de que se rompiera la armonía de mis nervios, llamé a mi amigo y nos lanzamos por sus calles.

Por aquellas calles recias, tortuosas, estrechas, empinadas unas, conservando todas sus carácter medioeval. Por aquellas casas de fachadas y medianerías en pie. Sin más luz que la de la luna radiante que aumentaba el misterio con sus reflejos, con el contraste de sus sombras, los fantasmas gigantes del romántico recinto.

¡Oh, Teruel de los místicos, de los ascetas, de los poetas!... ¿Por qué no acudís en caravana a esta vuestra Mesa?...

¿Presentía acaso que en Teruel la realidad se hace poesía? ¿Teméis que vuestra inspiración no pueda superarla? En verdad os digo, que no existe en el mundo, ni la llorada Pompeya, ciudad que tenga muertos con tanta ansia perdurable de resurrección, al extremo que pueda nuestra fantasía en cualquier momento dado, alzarlos de pie, y animarlos con nuestro calor y nuestra vida.

¿No han probado las investigaciones críticas que la pretendida historia de Marcilla y Segura no era otra cosa que una derivación de la novela de Bocaccio: «Girolano y Salvestra»? Pues id con esta verdad a los turoleses, y ya os sacarán a un Juan Yagues Salas, escribano poeta, que en «papel de letra muy antigua» certifica haber copiado la historia de los amantes. De nada os valdrá argüir que los documentos son apócrifos, que todo es ficción suya, que ni siquiera tiene la letra barniz de antigua.

Así se explica que en aquella noche de plata, mi amigo turoloense, como el escribano, al hacerme subir por la empinada cuesta de Andaquilla y pasar por la base perforada en arcos de la torre de San Martín, me narrase como si lo viera que por allí, ardiente de pasión por Isabel de Segura, volara en su jaca Diego Juan Martínez de Marcilla para impedir la boda de su amada con el hombre aborrecido y me enseñaba a continuación el lugar donde caballo y caballero cayeron muertos, como heridos de un rayo; y más tarde, llevándome a la Glorieta por la hermosa y artística escalinata que desciende suavemente hacia la Estación, y enfrentándome con el grupo escultórico de los Anantes, me hiciese



TORRE DE SAN MARTÍN

sentir, como si yo fuera un personaje del numeroso cortejo, la escena del entierro de Marcilla, cuando Isabel llega dentro de la Iglesia y se arroja sobre el cadáver para darle el negado beso y al abrazarse a él, queda muerta.

Poetas, novelistas, dramaturgos, Tirso de Molina, Harztsembusch, Cotarelo, Blasco, Bretón, la leyenda de los Amantes es una tradición más de las de Teruel.

¿Sabéis esta otra, más generosa aún, la de los constructores de las torres gemelas de San Martín y el Salvador? La amante, en desafío, ofrecería su mano al arquitecto que ejecutara con mayor perfección su torre. Las dos se construyeron al gusto mudéjar como una gota de agua es igual a otra gota. Elección difícil. Pero aquella noche, la torre del Salvador se inclina, la línea queda humillada ante la erecta y orgullosa de San Martín. Nadie puede oponerse a los designios de Dios, resignado y enloquecido sube a sus altas almenas desde donde se arroja ofreciendo a la prometida el sacrificio de su carne pecadora en loor de su espíritu, eterno como su buen amor.

Pero no son sólo las personas, sino las cosas también, los seres inanimados de Teruel, los que gozan de ese halo eterno, divino, imperecedero, que les hace morir para ganar la inmortalidad. Dígalo si no, la torre de San Martín, amenazada de ruinas, cediendo al reblandecimiento del terreno, como se afana y lucha y la salva milagrosamente Pedro Vedel—1549—apuntalándola con maestría, suspendiéndola casi en el aire con vigas maestras hasta vaciar sus cimientos y rellenarlos de cal y canto, asegurándola para siglos venideros: es decir, para cuatro siglos, porque en 1938 los marxistas de España la bombardean y dejan el cuerpo superior tan agrietado, tan en el aire, como pudieran quedar sus cimientos el XVI. Pero un nuevo milagro de resurrección vuelve a darse otra vez por mediación del genio de Pedro Muguruza. Nos falta espacio para demostrar la tesis que venimos sosteniendo sobre la potencialidad de esta ciudad de resucitar en cada muerte. De las pocas cosas salvadas de la trágica devastación del pasado año—ya podéis imaginarnos cómo fueron—quedan alzados los dos emblemas más populares de la capital: el torico y las momias de los amantes. ¿No es todo un símbolo?...

El «Torico».—Vuelta otra vez a luchar la tradición con la historia. Que el primer nombre de Teruel fué Turba o Thorbat (de Thor y Bat, palabras hebreas latinizadas: Domus tauri: casa o lugar del toro). Por si falla esta tradición, los torolenses guardan religiosamente esta otra:

Sancho Sánchez Muñoz, por inspiración divina, vió en sueños a un toro guiado por una estrella, sueño que lo atribuyó a señales que deberían marcar el lugar de establecimiento de la nueva población de Teruel: y al tomar como adalides de Alfonso II la fortaleza, en la parte de colina en que hoy se asienta Teruel (entonces bosque muy espeso) encontró un bravo novillo a quien iba siguiendo desde el firmamento una estrella muy brillante.

Ya puedes, Teruel, con tus muertos en pie, pedir sobre tu destino. No serán los saguntinos, quienes en 1938 volvieron a derribar tus muros, dismantelar tu ciudad, no dejar en ella piedra sobre piedra y vender como esclavos a todos sus habitantes entregándolos a soviets y llenando las cárceles Modelo y de San Juan de los Reyes de Valencia.

Pero Sagunto está ahí, con su ciudad implacable, teniéndote en primera línea mientras él permanezca en cautiverio. La hora de la batalla decisiva ha sonado. Invoca, Teruel, el espíritu de tus diez mil muertos y verás el impulso que te empuja a tu grandeza, repoblando tus antiguos y grandiosos bosques, explotando en tu provecho tus féculas minas, saliendo al Mare Nostrum por tu puerto natural. Sagunto: rival y hermano de tu historia. Y los dos, rumbo al viento, remando en la misma galera segura hacia vuestra grandeza que es la de España.

M a n u e l . C H A C Ó N S Á N C H E Z
Vitoria.

La Condesa Beatriz

En el silencio de la aldea, en la noble quietud del parque, lleno del encanto de los jardines realengos, propicios al amor, el viejo palacio de Soubiela, es como una tumba de piedra que celara la agonía de una gran raza...

Y en las estancias solariegas del palacio señorial, perfumadas con el aroma de una leyenda fragante y antigua, las sombras isabelinas de las cinco hidalgas de Soubiela, florecían el recuerdo de los reyes galantes, de las reverencias dieciochescas; de los pasos de minué, y la armonía de las pavanas y las polkas que acompañaron, en Francia, el crepúsculo de las lises.

¡Eran cinco, las hidalgas de Benalgar, y las cinco eran cándidas como niñas, antañonas como páginas de un códice miniado, linajudas, venerables y fanáticas... ¡Cinco florones, cinco títulos señeros,—marquesas de Molancé y Liébana, condesa de Nevares, vizcondesa de Sabinán y baronera de Lar—que a la muerte de ellas, pasaron a aquel marqués famoso que se llamó Javier Benalgar...

En un salón de Soubiela, había un lienzo sin firma, encerrado en un marco de cobre, que perpetuaba, a través de las generaciones, la belleza de una de las antepasadas del linaje de Benalgar. Yo adoraba aquel salón colgado de damasco, con sus espejos apoyados en el suelo, y su sillería «rococó», y sus bargueños de caoba y mármol, en los que temblaban imágenes de vírgenes y de santos, entre rosas pasadas y luces de aceite, cuando mi paso hacía estremecer el suelo alfombrado de seda...

Aquel salón tenía para mí, el hechizo de las flores marchitas conservadas entre las páginas de un libro de versos; de las cartas que se guardan en las arquetas de ocultos resortes; de las fotografías que se besan en las horas atroces de melancolía.

Yo adoraba aquel salón y aquel retrato, hecho por un artista desconocido, en el que se hacía carne y vida, la belleza de una de las más hermosas antepasadas del divino marqués de Benalgar.

María Antonia Benalgar y Soubiela, baronesa de Lar, sacó un día, del fondo de un cofre florentino, una miniatura de mujer, vestida de negro, pálida, achacosa, de cabellos grises, de ojos cansados, de mirada dulce, bondadosa y resignada...

—La condesa Beatriz—me dijo María Antonia Benalgar, con aquella voz fresca, cristalina, que fué su mayor atractivo, aún en sus últimos años—la misma del retrato que hay en el salón «rococó».

Ante mi asombro, la baronesa de Lar, contó una historia milagrera y heroica, soñadora y romántica, como las historias que aroman las hojas del Año Cristiano.

¡Ay! En aquel palacio, en aquel jardín, siempre ungidos de una noble y augusta nostalgia, uno se desliga de sí mismo y se olvida del mundo, y el alma abre sus ventanas a la claridad lustral de los milagros...

2

La condesa Beatriz salió al largo balcón de su gabinete, y acodándose en el barandal de forjas renacentistas, suspirando, entornó los ojos y miró hacia el jardín.

En sus manos, blancas, con una blancura teologal de gracia taumatúrgica, temblaba una hoja de papel.

La condesa Beatriz tornó a leer unos renglones, al azar: «y quiero que le recibas, como a mi mejor amigo que es. Que los días que pase en nuestro Palacio de Soubiela sean para él de un recuerdo imborrable».

Guardando la carta en un bolsillo de su amplio batón de gamuza, volvió a entornar los ojos, y a mirar hacia el jardín, y a suspirar, vencida por una languidez feliz.

Aquellas líneas eran de su único hermano, Señor—por la Gracia de Dios y del soberano de las Españas—del feudo de Benalgar. Aquel hermano, era el único amor mundano que llenaba el corazón de la condesa; y como a la sazón luchaba en Italia, defendiendo los sagrados derechos del Pontífice-Rey, Beatriz Benalgar pensaba en los peligros que cercaban al hermano y sentía que una horrible congoja le quemaba el pecho.

—¿Llamaba mi señora la condesa?

Beatriz se incorporó con pereza, arrancándose a sus tristes pensamientos.

—Llamaba, sí. Mañana llega de Italia el Príncipe Luis de Sant-Angelo, y el señor marqués quiere que sea huésped del Palacio de Soubiela. Haz que le preparen las habitaciones del cardenal.

—¿Hubo nuevas de nuestro señor el marqués?

—Hubo, sí... Pronto le tendremos con nosotros. La revolución se estrellará en la coraza de almas que defienden la Ciudad Santa. El Santo Padre será rey de Roma, rey libre y absoluto, y los caballeros que sostienen su causa volverán con los suyos.

La dueña se alejó en silencio, y la condesa quedó sola en el balcón.

Era muy devota y hasta un poquitín fanática, con ese fanatismo de los espíritus sensibles y ardientes, cuando concentran todos sus ímpetus en un ideal religioso. Contaba treinta y dos años, y como sólo conoció del amor las espinas y las humillaciones de los celos, daba rienda suelta a sus vehemencias, amando las flores y los pájaros, el lago verde y la quietud de ensueño del parque de Soubiela. ¡El parque señorial, tendido a espaldas del palacio, y lleno del encanto de los jardines realengos, propicios al amor...!

3

—¡Qué loco, Dios mío, qué loco!

Tres días llevaba el Príncipe Luis de Sant-Angelo en Soubiela, y aquella mañana la condesa Beatriz había tenido que rogarle que abandonara el palacio.

Caballeresco, activo, el Príncipe se instaló, con el viejo criado que le acompañaba en su viaje, en una hacienda de las afueras de la aldea, y la condesa Beatriz creyó alejado el peligro. Pero aquella tarde acudió a la casona; y la infeliz condesa, a solas en su alcoba, acabada la entrevista, evocaba sus encuentros con el aristócrata italiano, y suspiraba, abrasado el pecho en una hoguera de congojas.

—¡Qué loco, Dios mío, qué loco! Sabe que aún vive mi marido y se atreve a hablarme de amor...

Era muy tarde. Un reloj lejano hacía rato, había cantado las dos de la madrugada, y Beatriz velaba, deshecha el alma en una agonía espantosa.

Apoyó la frente en los cristales del ventanal que se abría sobre la plaza de la aldea, y gozó el sedante de aquella frescura.

Por su cerebro en llamas, pasó, a jirones, su vida truncada por un destino perverso.

De niña, soñó con el amor. Era hermosa, inteligente y rica, y se creía con derecho a la felicidad que el mundo ofrece a los suyos. ¡Pobre Beatriz! Dos años después de su matrimonio, harta de humillaciones y desprecios, huyó del conde francés, con quien de niña la casaron y buscó un refugio en sus tierras de Benalgar.

—¡Diez años, Señor, diez años, luchando conmigo misma, en una lucha de muerte, hasta arrancar de mi carne y de mi alma, todo lo que no eres Tú...! Y ahora, este loco hablándome de amor, aun sabiendo que mi marido vive todavía...

(Concluirá)

P e d r o

M O N T E R O

G A L V A C H E

MEDIODÍA

No era la risa ambigua de la tarde
ni el rubor engañoso
del alborada entre las viñas.

Era
la perfección serena y concluída
de las doce sin nubes.
Domingo del descanso
del Señor, en la nueva
creación de cada día.

Hora rotunda del azul sin tacha.
Arco de oro de sol, puro y perfecto,
para el sueño triunfal de las cigarras,
las rosas y los ríos.

FRAGMENTO DE UNA SONATA SIN NOMBRE

.....
Te besaré las manos
como a la rosa de la tarde el viento.

Te besaré la boca
como la llama de la hoguera al leño.

Te besaré los ojos
como al cristal el sol, amaneciendo.

Te besaré la frente
como la duda besa el pensamiento.

.....
J o s é M a r í a P E M Á N

CANTO DE LAS BAYONETAS

—¡Las bayonetas, madre!—

Ya vienen hacia el pueblo
con su bravo cortejo de soldados marciales,
con su andar de saetas en la noche desnuda,
con su garbo de gesta, todo blanco y azul.

—¡Las bayonetas, madre!—

Son las cintas sagradas
que cercaron las sienes del camarada muerto.
Y el cínculo de espanto que consumió la sangre
en las venas ahogadas del que sufrió el martirio.

—¡Las bayonetas, madre!—

¡Tanto tiempo esperándolas
en los amaneceres de la tierra sin vida.
Por los claros contornos de los pueblos hermanos,
en la furia sangrienta que arrebató la cruz
de aquellas manos tuyas, cercenadas y azules,
que no pueden unirse para aplaudir su paso,
aunque sientas la fiebre del afán en los ojos!...

—¡Son las antorchas, madre!—

Cabalgata de acero
por caminos de sangre, de sudor y de polvo,
y que rasga la noche con sus puntas enhiestas
arrancando a la Muerte sus laureles de frío.

¡Antorchas de la Vida!

Cada brazo es un firme
pedestal que la Gloria levantara en su lucha.

Ellas saben del silencio que hiere los ojos cansados,
Ellas saben del rumor de los vientos celestes y tibios,
y del Himno triunfal de la muerte sin luna y sin besos,
y del hondo temblor de las viejas hogueras amigas,

y del monte desnudo, coronado de sombras
—centinelas eternos que custodian los valles
con sus altos fusiles de silencio y de piedra—

—¡Las bayonetas, madre!—

¡Ya vienen hacia el pueblo
con sus rosas de sangre salpicadas de espuma,
temblorosas de júbilo porque saben que vienen
a sembrar en la noche nuestra vida de nuevo!

Son hermanas en todo. ¡Cuántas habrán seguido
la huella luminosa que trazaran los héroes,
y formarían su guardia de silencio en las nubes,
más allá de las blancas trincheras sin lugar y sin forma
donde rezan, severos, los soldados de Cristo!

—¡Las bayonetas, madre!—

¡La libertad de España
que pondrá en la mirada de tus ojos sus flores,
y pondrá entre tus brazos las espigas granadas!

¡Salgamos a su paso, que se acercan los héroes,
y tiemblan en el aire los clarines del Mundo,
y vibran las gargantas con el mismo trofeo,
y cantan las mujeres con la misma alegría!

¡Ya vienen hacia el pueblo
alumbrando en la noche, como antorchas sagradas,
la llegada triunfal de los hombres eternos!

—Cabalgata de acero, de sudor y de polvo
que se acerca a la Gloria por caminos de Muerte,
ensalzando en la noche, con sus brazos enhiestos,
los laureles del júbilo, coronados de sol!

Francisco MONTERO GALVACHE

Ayuntamiento de Madrid

EL ATAUD DE CRISTAL

Sé tú mismo. —(O. WILDE.)

Su última novela, había sido un éxito rotundo, brillante, apoteósico. Lo cantaba la prensa, los teléfonos, la radio, los pasquines, el asfalto: todo.

Y el público por supuesto.

La popularidad le cercaba y le envolvía como una catarata de vanidad dulce; como una sierpe meliflua de anillos de terciopelo, como una cadena.

La Ciudad, ágil, rápida, moderna; charolada por las lluvias sobre las pistas de cemento y plateada en el metal de los radiadores de los ocho cilindros; era toda ella un grito y una consigna.

El mismo grito y la misma consigna que andaba en gruesos caracteres en la primera plana de todos los periódicos: tipografía del doce con negritas.

— El ilustre escritor.

Él, se asomaba a los balcones y percibía el eco de aquella propaganda fantástica que copiaba el título de su novela en el resplandor de los arcos voltáicos.

Al sentirse aclamado como un ídolo, no podía menos de pensar y sonreír; en el fondo le daba todo aquello un poco de pena y un poco de asco al mismo tiempo.

Había triunfado.

Bueno, ¿y qué?

¿Acaso en cualquier buhardilla, en la angustia de las oficinas, en los cafetines del Muelle donde las paredes respiran agua salada; en la portezuela de los taxis a la salida de los teatros, no había otros muchos millares, que tenían oscuramente escrita su novela. Una novela del fracaso en las sienes, infinitamente mejor que la suya?

En el hall del Continental, esperaban; admiradores, periodistas, fotógrafos, banqueros, diplomáticos: smokings y pitilleras blasonadas; el gran mundo.

Mujeres envueltas en pieles fastuosas anhelando un autógrafo o una sonrisa.

Era aquello la gran fiesta de su consagración pagana en el coliseo de las Letras.

Era la ocasión y el momento soñado por todas sus noches de ambición sostenida.

Sus luchas, su angustia, y su arte, iban a recibir aquella noche una diadema: una orquídea de plata.

Hasta su habitación del Gran Hotel, llegaba el murmullo de la concurrencia numerosa y selecta.

Su ayuda de cámara, se creyó en el deber y en la necesidad de advertirle.

— Señor, que esperan.

Se estiró el frac y bajó los escalones decidido y resuelto. Estaba maravillosamente sereno.

En su rostro, ni una contracción ni un músculo.

Si sentía emoción supo dominarla.

¿Y los nervios? ¿dónde había metido aquel hombre los nervios?

Avanzaba por entre una doble fila de sonrisas cordiales.

Y otra vez la versión del criado al oído, con el pasmo del asombro en los labios.

— ¡Señor: cuánta gente!

— ¡Bah! más habría si vinieran a patearme.

Era esto, salvando el tiempo y la decoración una respuesta histórica. Inglaterra lo sabe.

Era la ironía fina del 1600; la ironía fina de Oliverio Cromwell, el primer líder antiparlamentario del Reino Unido; British Empire.

Aquella ciudad donde él había huído, fastidiado del mundo y de aquel reclamo, un poco «bluff», un poco a la americana; le gustaba sobre todas las cosas de noche. Le gustaba por-

que tenía una bahía que parpadeaba de estrellas y unas lucecitas verdes y rojas, que ponían en la dársena el asombro de unas pupilas tibias; el prestigio de unas piedras preciosas.

Le gustaba porque tenían sus calles el encanto de un profundo silencio; porque no había tranvías, ni organillos, ni ciegos con acordeón, ni señales luminosas, ni problemas de reglamento de tráfico.

Le gustaba porque casi todas sus calles iban a dar al mar, y porque una de ellas, todas las noches cuando salía la luna, salía también de una casa húmeda y cerrada, por una ventana abierta a la bahía, la cascada armoniosa y dulcísima—marfil y cristal—de un piano.

De un piano que tocaba una virgen pálida de ternura y ensueño. Una princesita de la clase media; clara, luminosa y aérea como una tanagra o como una estrofa de Rubén Darío.

Iba todas las noches a asomarse a la bahía y a escuchar el piano.

Se le había metido aquel teclado en el alma—ajedrez de notas finas, sinfonía de blanco y negro—que pulsaban unas manos afiladas y azules; unas manos heráldicas como esas que él había visto en las pinacotecas de su patria, en una ausencia remota y nostálgica de lejanos castillos.

Todas las noches le sorprendían extático en aquel sitio donde el viento traía olores de yodo y exhalaciones de mar profundo.

Iba por un secreto placer estético y solitario de estar consigo mismo, de adormecer su alma en aquel sitio y con aquella música.

Iba por beber serenidad de bahía y raudales de música clásica. Por eso y nada más.

Pero la gente se empeñó que era aquello un idilio de novela fina al borde de la sonata de Schoubert.

Y el mismo día que el rumor tomó cuerpo; el mismo día que el rumor trepó a la ventana donde se asomaba la virgen, aquellos cristales de donde surgía la música, se cerraron.

El piano volvió al sueño de su marfil antiguo.

No tocó nunca más.

La música de sus notas se apagó.

Y fué para él como si de repente se apagase toda la bahía; como si las manos zafas y brutales de la Revolución, hubiesen estrellado el teclado contra las piedras grises y húmedas de los Muelles.

Aquello era absurdo y necesitaba una solución rápida.

Aquello era un prejuicio y había que romperlo con un anti-prejuicio; con el metal de un procedimiento nuevo, con la audacia de una actitud virgen; con el aplomo de un proceder distinto, absolutamente distinto de aquel papel de galán de opereta que las circunstancias le habían forzosamente encajado.

La abordó un día a la salida de misa.

La esperó y la abordó friamente; con la sencillez y la claridad mecánica de una biela que se moviese entre cilindros.

—Señorita, V. no me interesa lo más mínimo: perdone V. esta brutalidad en seco. Es su música sólo; la brisa de la noche en el teclado de marfil. Es el piano, el piano sólo, ¿me entiende?

Si la gente me ha colocado a mí ese papel de Don Juan, yo no tengo la culpa.

Prefiero la grosería a la insinceridad; el sonido del piano en la bahía, es la única explicación de ese paseo mío de todas las noches.

Si V. cierra el balcón y no vuelve a tocar, yo pido hoy mismo la factura en el hotel y me marcho.

No me obligue V. a conocer un nuevo paisaje.

¡He sido tan feliz aquí!

Créame V. me hace falta esto; me está curando el corazón y los nervios, esta calma y esta bahía.

Necesito este mar para olvidar muchas cosas.

No me haga V. romper con las redes, con las luces, con la barca, con la caseta de cemento; con esta piedra y con aquel vagón.

Son míos y no quiero dejarlos; son mis amigos, mis hermanos en una extraña comunión de silencios. Les hablo y me escuchan. Les pregunto y me entienden.

No sea V. menos sensible que un pedazo de mastil; vuelva al piano y no me obligue a huir.

No entierre V. su corazón bajo la madera; sálvelo del miedo, de la estupidez, de la murmuración.

Sálvelo V. de la «novela rosa».

—Está bien; quédese.

—¿Tocará V. mañana?

—Sí.

Si y no. ¿Por qué el dolor y la alegría se prende siempre de un monosílabo? ¿Por qué anda nuestra pobre y rota angustia al costado de la gramática?

Se hicieron amigos.

Es absurdo, pero precisamente por ese absurdo la vida se redime y se justifica de tanta lógica y de tanta vulgaridad aplastante.

Estamos cansados de salir a la puerta a esperar los acontecimientos; hartos de anticiparnos a las cosas.

Sabemos cuando se producirá un eclipse, cuando nos faltará el aire, cuando se parará un tren. Los caminos trillados nos molestan; por eso nos aburre la rutina y nos emociona la aventura. La aventura es la puerta de lo desconocido, el salto a no se sabe donde, la tentación de lo inédito, la insinuación del más allá.

Todos los héroes han sido aventureros a su modo, y aventureros en el más noble sentido de la palabra; aventureros de la Ciencia, del estilo, de los sonidos y de la dialéctica; aventureros ¿y por qué no?—también de la Política, cuando la Política, la alta y limpia Política de regir a los pueblos,—era para los hombres como Aristóteles, una ciencia. Una suprema ciencia y no un negocio.

Se hicieron amigos.

Una tarde por primera vez, él se atrevió a penetrar en la casa.

La muchacha se lo presentó al padre; al padre grueso, hacendado, negociante; al padre que era todo un poema de exquisita delicadeza.

—Papá, te presento a un periodista.

—Periodista, periodista; siéntese: ¿desde cuándo no ha comido V.?

Aquel buen señor, tenía el criterio humano, lógico, personalísimo y perfectamente respetable, que el periodista como hombre en sí, era un trasto inútil; un ser que no servía absolutamente para nada.

Cierto que él compraba los periódicos, pero jamás pasó nunca de las cotizaciones de bolsa. Aborrecía la literatura con ahínco, con tozudez, con rencor. No quería saber ni entender de estas cosas.

Una vez de muchacho en una clase de Redacción, le abuchearon un trabajo, y desde entonces la espina de aquel espantoso ridículo, le inspira aquel odio y aquella antipatía cerril.

La vocación establece categorías que el orgullo no puede olvidar nunca.

Le sublevaba que le hablasen de esto.

—¡Bah, ¿para qué sirven las Letras?

¿Para qué?

Aquel hombre era un sentimental y en el fondo un resentido. En literatura no discutía; se ofuscaba.

¿Para qué sirven las Letras?

¿Para qué?

Para todo. Ellas han secado al hombre de la barbarie de las cavernas y lo han traído a las luces de este siglo audaz del teléfono y del aerodinámico.

La pluma ha abierto tanto camino como la espada.

Las verdaderas revoluciones se hicieron cuando la humanidad aprendió a leer.

Un libro por excelencia formó a Europa; la Biblia.

Otro gran libro, el Koran, creó un Imperio de los arenales.

La Reforma se hizo cuando surgió la imprenta; y finalmente la pluma, la pluma sólo fué la que hundió la Bastilla. Los cañones no y la plebe tampoco.

Las puertas de la fortaleza cayeron, porque Rousseau, Diderot y D'Alembert, habían publicado sus escritos.

La Bastilla no se rindió al gorro frigio; se rindió a la Enciclopedia.

Lo que necesita la pluma es darle rango y decoro.

Una noche cualquiera, bajo un arco de estrellas.

—¿Y V. por qué escribe?

—Yo para olvidar; para olvidar y para realizar en los libros ese afán de ternura y angustia que nos consume. Para ser otro; para que pueda latir el corazón en el papel como quisiéramos que latiese en la vida.

—¿Y lo consigue V.?

—A medias; en las cuartillas sí, en la realidad he fracasado.

—¡Fracasar! Si es V. el escritor de más fama, si ha triunfado V. en la novela y en la predilección del gran público; si anda V. siempre como los héroes en olor de multitudes.

Por eso mismo, porque ese rumor de la muchedumbre, esa presencia indirecta de las gentes, acentúa aún más el horror de nuestras horas vacías; porque nada hay tan angustioso en este tumulto de ir y venir como la sensación amarga y profunda de estar absolutamente solo.

—¿Amor?

Le ofreció como un cigarrillo al corazón con emboquillado de cautela fina.

—¿Amor?

—No; no por rencor, ni por comodidad, ni por miedo. Ni risa ni sarcasmo. Ni Pedro Mata, ni Jardiel Ponce'a. Sencilla y escuetamente no; no como cuando se rechaza un pitillo.

—Queda la esperanza.

—Ni eso; la esperanza es la morfina de los brazos cruzados, y a mí no me interesan las drogas.

Es preferible no dejarse engañar y afrontar la tormenta con la sinceridad a flor de labios.

Borrasca de dentro a fuera; mi barca de la esperanza iba al paio. Sin saber por qué, naufragó.

Ya ni esperanza de sacarla a flote me queda; mucho menos ilusión.

La ilusión es el cable a que nos aferramos en el último trance de las cosas; cuando sentimos que el corazón se nos va de las manos.

Es como una lucecita de esperanza en las tinieblas; cada día nos trae una constelación, que a la noche ha de morir irremisiblemente.

Deberíamos construir un ataúd de flores para enterrar el cadáver de nuestra felicidad de un día—tal vez de una hora—, un ataúd fino, aéreo y sutil como para encerrar deseos, nostalgias, presentimientos, afanes y cadáveres de ideas que ya no existen.

El plomo y la madera sería demasiado; ahogarían con su peso bárbaro, estos restos frágiles que no han gravitado siquiera.

Necesitamos para estas cosas un ataúd más fino; un ataúd de silencios y vientos. Un ataúd de cristal.

¿Me entiende?

A eso vengo yo aquí todas las noches, a enterrar ese ataúd en la bahía; a enterrar mi ilusión en el mar.
¿Me entiende?

No lo entendía, era demasiado.

Ahora sí que se había cerrado esa ventana al mar para siempre.

Era demasiado; demasiada revelación para un alma tan frágil.

La muchacha fiel a su instinto y a su psicología huyó, levemente asustada de aquel hombre extraño que parecía un loco.

Era su lógica, su salvación y su defensa; procediendo así no había reaccionado mal; era humano.

También lo de él, era trágicamente sencillo.

Había callado durante mucho tiempo y necesitaba hablar; dar a alguien el secreto de aquella angustia enorme que le devoraba las sienes.

Llevaba muchos años de soledad y tenía hambre de confidencias; hambre de un corazón que lo entendiera y de unos oídos que le escucharan.

El error fué, no darse cuenta que no estaba preparado el terreno; que era demasiado grave, demasiado densa la carga para aquella arcilla débil que se hundía.

Error de cálculo.

Patinazo en hielo: él creyó que se acercaba más y se abrió con sus manos el foso; él quiso que comulgaran con su angustia y aquella sinceridad levantó entre los dos una barrera.

Debió callar.

Debió. ¿Pero es que podía?

¡Qué difícil opinar de estas cosas!

¡Qué sencillo dogmatizar cuando el sentimiento no anda por medio, cuando se tienen resuelto todos los problemas de la vida y el corazón no siente el inmenso vacío de estar solo!

Debió callar y retorcerse por dentro; pero esto era a todas luces una traición y una hipocresía; esto era la teoría egoísta del mal menor; esto era un refinado ocultar unas cosas para salvar otras.

Entrañaba y suponía mutilar el amor, la amistad y el alma; tres cosas a las que había que darse por entero.

Preferible es hablar y que nos dejen solos.

Aquí está sobre el tapete del mundo, la carta de nuestro corazón boca arriba. Juego limpio.

Si nos quieren que nos acepten así, como somos; con nuestros vicios, con nuestra angustia, con nuestras dudas, con nuestra vida interior.

Si nos quieren de verdad, así y todos nos abrirán los brazos.

Mentir es una falsedad y una cobardía.

Preferible la soledad mil veces antes que mutilar el corazón.

El corazón por encima de las torres más altas tiene derecho a hablar.

¿Que a veces por abrirlo de par en par nos dan un bufido?

No importa; es la vida.

Otra vez tendremos más cuidado.

Más cuidado, más cautela, más cerebro.

¡Cerebro, cerebro!

¡Como si el corazón no estuviese por encima de todas estas cosas!

Lo cierto es que aquel amor murió; mejor dicho aquella intuición de amor, se apagó.

Lo había matado una confidencia.

La muerte que anda a flor de labios como dice la Sagrada Escritura; «la muerte y la vida que están en poder de la lengua».

Proverbios: (18ñ21).

Error de cálculo; pudo haber callado fácilmente y habló.

Ahora sí que el balcón está cerrado y el piano en silencio.

¿Por qué?

Porque sí; porque tenía fatalmente que ser.

Ella era demasiado buena, demasiado ingénua, demasiado sencilla. Tenía un nimbo claro y una psicología lisa e infantil, de tablero rectilíneo de mármol; él en cambio era demasiado oscuro, demasiado confuso; complicado por dentro y por fuera, complicado de alma.

Una fachada barroca.

Ella en cambio...

No podía ser y como no podía ser, aquella misteriosa simpatía se quebró. Sonó el adiós a cristales y a marfiles rotos contra las piedras del muelle.

Era el piano, la muerte del piano que no sonaría nunca más.

Miró al balcón y lo encontró lógicamente cerrado.

Apretadas las maderas en una hostilidad profunda y pueril.

Ni siquiera le pareció excesivamente duro aquel símbolo; absolvía con una mirada dulce y en el fondo de su alma no guardaba rencor; perdonaba.

¿Rencor? ¿Y por qué iba a guardar rencor?

Todo aquello era muy humano.

Aquellas maderas protegían algo más que un simple gesto de mujer defraudada; defendían una norma y una tradición; una costumbre y un estilo de vida.

Protegían la novela que ella hubiera querido vivir; una «novela rosa» por supuesto.

—¿Y qué?

¿Acaso ella no tenía derecho a esperar a un príncipe tras los cristales?

Volvió a buscar en la bahía; en las pupilas verdes y azules de las lucecitas de la dársena, una tabla donde asirse como último recurso.

Se sentía lejos y apartado de todos.

Otra vez patinando angustiosamente en el vacío.

Otra vez sólo.

¿Y el amor?

Se cruzó con una pareja de novios: él un marino.

Iban tan ensimismados, tan absortos que ni siquiera vieron que tropezaban con él.

—Perdone.

—De nada.

Más adelante otra parejita: él un obrero.

Luego otra y otra; por los jardines, por las plazas, por las calles, adosados en las sombras como frisos vivientes, muchas más.

¡Dios mío, y no tenían problemas sentimentales!

Volvió a sentirse de nuevo sólo; gloriosamente sólo, con sus libros, con su novela, con su fracaso, con su inutilidad:

¿Pero era él realmente inútil?

Para el público, para la prensa, para todo el mundo; era un gran escritor.

¡Un gran escritor!

¿Y para qué servía?

Con un criterio de utilidad práctica, tal vez tuviesen razón los señores gruesos y apáticos, resentidos de la literatura.

Tal vez un gran escritor, no sirva en el fondo para nada fuera de sus libros; pero esa incapacidad práctica, es su escudo de armas, debe ser su orgullo, su laureada y su blasón.

El escritor se debe a su arte por encima de todo.

No tiene sentido práctico de las cosas, ni le hace falta, ni debe tenerlo; si lo tuviera no haría versos, ni teatro, ni novelas: instalaría una turbina o montaría una tienda de ultramarinos. Haría magníficos negocios, pero no haría literatura; la literatura está reñida con el cincuenta por ciento y con el criterio que preside las cajas de ahorro.

Es la sensibilidad agudizada ante un paisaje; el pasmo de lo maravilloso, la emoción vedada al futbolista, que decía José Ortega y Gasset.

Además, por cima de la vocación, hay una lógica.

La lógica del poeta es morir de hambre, como la lógica del tendero es morir de una pulmonía.

Así y todo vale más la primera muerte.

A veces no se consigue nada, pero a veces se consigue algo maravilloso.

El lamento desgarrador de Leopardi, es para la humanidad entera, una obra maestra; un motivo de orgullo. Conozco artistas, poetas, escultores, héroes, que careciendo de sentido práctico han saltado las barreras del tiempo, y andan hoy con nimbo de gloria en la mente de todos los pueblos; en cambio no conozco un sólo caso del tendero que haya pasado a la Historia.

Estos hombres con todo su inmenso sentido práctico viven y mueren oscuramente; ¿viven? He querido decir que vegetan.

Pasan por este mundo sin pena ni gloria, sin que se sepa otra cosa—y eso en el círculo de su familia—que la fecha de sus catarros y la partida de defunción.

Estaba otra vez sólo. ¿Solo?

¿Y la bahía?

Se acercó a sus bordes de piedras y espumas y las esmeraldas de las lucecitas temblaron.

La ventana de donde salía la música seguía fuertemente cerrada.

El piano tal vez ni existía.

¿Y ella?

Pasaron muchos días; meses.

El tobogán de la vida, inundó de confusos sucesos la quietud de los almanaques.

Hubo en su existencia nuevos triunfos y nuevos paisajes. Nuevos problemas y nuevas inquietudes.

Nuevos horizontes también.

El tiempo como una esponja piadosa en las sienes lo borró todo; todo menos el cuadro desvaído y tremendo de aquella bahía, con aquella ventana trágicamente cerrada y aquel piano dolorosamente en silencio.

Iba todos los años en la misma fecha al costado de los muelles, y todos los años en la misma fecha gustaba la sensación dulcísima de perderse por las calles que daban al mar.

Su encuentro arcángelico con las aguas; su abrazo con aquella bahía de plata era profunda y exactamente como Eugenio D'Ors, había escrito.

—¿Qué tal bahía, qué tal?

—Bien, ¿y tú?

—Sin novedad.

Se le iban los ojos insensiblemente hacia la ventana cerrada; y sin saber por qué se le empañaban de lágrimas.

Era su pobre y roto corazón que lloraba sobre la noche.

Y sobre el mar.

Francisco GÓMEZ DE TRAVECEDO

Algeciras 1938 y Octubre.

“NUESTRA ENCUESTA”

JULIO ESTEFANÍA

Es difícil prever el rumbo exacto que habrá de seguir la nueva literatura. Hay que tener muy en cuenta que estamos sirviendo una guerra intensísima, y al par que esta guerra, las primicias de una revolución total, nunca semejante en la historia de España. El aire está lleno de himnos de pólvora, de cañonazos, de canciones y de voces de lucha; toda la juventud, o casi toda, está, arma al brazo, en los campos de batalla. Por consiguiente, todo lo que no sea la lucha bélica ocupa actualmente un plano secundario. El alma colectiva vive pendiente de los accidentes de la empresa guerrera, y todo lo puramente espiritual e intelectual siente la gravitación apasionada de lo bélico.

Es indudable que, operante sobre la retaguardia, este hecho de la guerra viene siempre a trastornar fórmulas, tendencias, orientaciones, y a subvertir valores, lanzando otros nuevos y hundiendo a otros, o gastados, o inconsistentes. Cada guerra lleva en sí un algo de resolución; y qué decir de la nuestra, que es originada por una fuerza revolucionaria, de una guerra que se hace precisamente para implantar un credo revolucionario—las normas nacionalsindicalistas—sobre las ruinas de otra revolución bolchevique, materialista, anticristiana...

Yo creo profundamente que nuestra literatura ha de encontrar caminos perfectamente nuevos; es decir, relativamente nuevos, puesto que nada hay nuevo bajo el sol. A mi juicio, la guerra y la revolución nacionalsindicalista, harán el milagro. Considero definitivamente muerto los «ismos» más o menos puros, nacidos unas veces de una extravagancia ambiciosa o de una ambición incapaz. Los cenáculos herméticos habrán de cerrarse y quedarán cerrados por sí mismos; pues cuando un pueblo en armas vierte su sangre por la idea nacional, resultan improcedentes las escuelas caprichosas, deshumanizadas, egoístas, y resultaría criminal en los artistas volver olímpicamente su espalda al pueblo, que es hoy precisamente el héroe del mejor poema. No quiere decir esto que no rija una



Julio Estefanía, nacido en la

Ciudad de la Gracia, es uno

de los más finos romanceros

que España posee en este

momento. Todos conocen su

popular «Romance de Fer-

nando Zamacola» que hoy

publicamos en este número.

Con estilo de aire popular,

Julio Estefanía, que ocupa la

subdirección de FE, ha da-

do a la poesía y la prosa jo-

ven del momento, hondo y

grato sabor falangístico.

minoría exquisita y ardiente, sino que al escritor no le será permitido aislarse en caprichosas «clans», que llevan en sí mismas su acción separatista y disolvente; sino que habrá de fundirse en un todo a lo nacional y artizar lo que ahora vive el soldado que nos salva.

No perdamos de vista que la mayoría de los poetas que permanecen por su voluntad en comunión perfecta con los rojos, fueron los más acendrados defensores de un aislamiento que era a un tiempo la más completa paradoja, pues junto a sus palabras de sentido internacional y cosmopolita aparecía el más feroz egoísmo y la más estúpida soberbia...

Pasada la guerra, la nueva literatura alcanzará, yo así lo creo, una época de brillantez. Será el tiempo de la espiritualidad pero también de la realidad, de lo concreto, y el arte no podrá ser ya esa cosa fría, desapasionada y clasista: será un arte esencialmente humano, espiritual y de masas. De las trincheras ha de venir sin duda una juventud mejor autorizada que nadie para señalar rumbos a la producción nacional.

Por otra parte, esto significará un retorno a lo clásico. A lo clásico español. Nuestros ojos, cansados de espejismos engañosos, habrán de volver al tesoro de la literatura clásica, españolísima, plena de rotundez y catolicidad. Serán las mejores fuentes donde beber el alma de nuestra España. Y con un retorno a lo clásico en el fondo, las formas seguirán embelleciéndose y animándose: feliz encrucijada de lo antiguo eterno con lo nuevo juvenil.

Así como la generación del 98 se nos antoja ya un cadáver podrido en el recuerdo, las insensateces de los tiempos de la República nos causan risa, y a sus animadores tal vez sonrojo. Para mí, la aparición de las Jons de Onésimo y la Falange de José Antonio marca una era nueva en la palabra. (Una de las glorias mayores del nacionalsindicalismo, a mi entender). Y así, vemos que la voz de la Falange se vierte en cauces nuevos («La gaita y la lira», «lo femenino», etc., etc.) que alzan una barrera sobre el pasado. Con el 18 de Julio se fortifica un estilo, un estilo que crearon los camisas azules para la revolución nacional. Se canta a la patria, al hombre, al mar, al aire y a la tierra; el poeta se acerca al campesino de Castilla y al minero y al pescador. Es una aurora de virilidad que necesariamente ha de reflejarse en todas las actividades; y por tanto, en la poesía, en la literatura. Ya el escritor y el poeta—como en nuestros clásicos—tienen un deber y una misión. Queda roto para siempre el lirismo por el lirismo en sí. El arte es ya beligerante. El arte tiene una obligación.

Pura, sin mezcolanzas ultrapirenaicas, la generación que llamaríamos del 36 va desbrozando caminos con la palma abierta y con los ojos—como el águila—clavados en el sol. Son los *Adelantados* del nuevo Imperio. Y es así como inesperadamente, saltan valores que traen una personalidad firme y exacta. Revolucionaria y nacional.

Nace el teatro de la Falange, y es posible un Gonzalo Torrente Ballester con la maravilla de su «Viaje del joven Tobías», de fondo clásico y de forma moderna; y en la prosa—entre otros muchos—un García Serrano, con su «Eugenio o proclamación de la primavera», cuyo estilo y cuyo fondo son perfectamente nacionalsindicalistas—poesía y acción directa, energía y religiosidad;—y un Agus-

fin de Foxá, que coloca a la novela en un plano desconocido, con su «Madrid de Corte a Checa»; y tantos y tantos otros.

Soy, pues, optimista en cuanto al porvenir de la literatura nacida bajo tan reacios auspicios. La nueva literatura que, desde luego, había de tener ese maravilloso imán del estilo que crearon José Antonio y sus más fieles discípulos. Nada de inútiles malabarismos ni filigramas de cristal. Profundidad nacional, católica, imperial y humana, como corresponde a un país que está derramando su sangre más preciosa por la justicia y por la Cruz...

JOSÉ SANZ Y DÍAZ

1.^a—¿Qué sentido tendrá la nueva literatura?

—Eminentemente nacional, católico, racial, autóctono. Un sentido literario depurado, estilizado, desprovisto de ese falso estilo *vertical* que se intentó crear en los agobios de la primera hora del Movimiento, lleno de tópicos azules y de metáforas rojas, de yugos, flechas y luceros. Nada de eso es sustancial, sino adjetivo, circunstancial, sin nervio de perdurabilidad.

La guerra de Reconquista, a cuyo terrible y glorioso espectáculo estamos asistiendo, será sentido, cantera y revalorización de la Literatura española, basándose en los episodios heroicos de la campaña, en la serie de asuntos nuevos de tipo religioso que nuestra Cruzada nos legó, en la vida española no falsificada, en lo más representativo de sus costumbres, en la exaltación de sus Hombres eminentes de todos los tiempos, en su *folk-lore* riquísimo y en sus variados paisajes. El Estado velará en el futuro más próximo porque ese *sentido literario* de la Nueva España alcance una altura decorosa y sirva de educación patriótica a las multitudes. Una literatura nacional que aspire dignamente a serlo, tiene la obligación de educar a las masas en el sentido estético de las grandes directrices del Estado; de no halagar estúpidamente las pasiones del pueblo, que precisamente por su mal gusto artístico y su falta de criterio moral deben ser combatidas en lugar de satisfechas.

La nueva literatura, en fin, no cuajará en ensayos, porque ha de ser expresión enérgica de



Colaborador de toda la prensa católica de España y nuestro casi desde la aparición de «CAUCES». Tiene publicadas varias novelas, libros de ensayos y de la Guerra. Su labor literaria culmina, hasta hoy, en su último libro: POR LAS ROCHAS DEL TAJO.

Es escritor de una limpia y fácil prosa castellana. Trabaja actualmente por España en el Ministerio de la Gobernación.

afirmaciones rotundas, basada en nuestro carácter heróico y religioso, generoso y soñador. Obras literarias sobre valores totales y situaciones plenas de la nacionalidad, huyendo como del diablo de la españolada, del tópico al uso y del costumbrismo huero, imitativo y sin meollo. Y así como en biología la función crea el órgano, de la necesidad emocional y política del Nuevo Estado saldrá la naturaleza y el sentido de la literatura española del porvenir.

2.^a—¿Será un retorno a lo clásico?

—Sencillamente, un retorno a lo español. Mejor dicho, esa literatura próxima será la continuidad de lo auténticamente nacional; nada de regresiones estéticas ni cronológicas, sino expresión jerárquica de valores espirituales, raciales, eternos. Vínculo de continuidad en el *ser* español hacia el sentido heróico, religioso, noble, digno y severo de la vida; hacia las grandes inquietudes del alma y de la sensibilidad.

Casi bíblicamente, pudiéramos elevar a credo literario el siguiente postulado: Ocupémonos del contenido emocional, que la forma se nos dará por añadidura. Es decir, como consecuencia estética de nuestra especial manera de pensar y sentir.

En los Estados totalitarios, lo que importa es exaltar la mística nacional. Las épocas de apogeo de cada nación y su cultura, suelen coincidir casi siempre con un esplendoroso florecer de su Literatura, que las refleja.

Sin embargo, las letras contemporáneas han prosperado poco en Alemania, Italia y Portugal; esperamos aún con fraternal impaciencia las grandes obras literarias del fascismo. Tenemos seguridad plena que con las últimas generaciones, educadas al calor de las nuevas ideas, surgirán no tardando.

3.^a—¿Qué valores ofrece la nueva generación?

—De las trincheras, de la generación del 36, han de surgir los grandes valores literarios de la época; los que vivieron la Cruzada en los lugares de intensidad y riesgo, son los llamados a describirla con mayor emoción literaria. Así sucedió en la contienda Europea y en todas las guerras. Citar nombres de una generación apenas florecida, que aún no ha cuajado en sazonados frutos, nos pondría a inevitables yerros y a omisiones enojosas.

En la juventud literaria inmediatamente anterior a la nuestra, podemos citar dos valores representativos: Eugenio Montes y el Conde de Foxá. Y a su lado, antes y después cronológicamente, a mayor o menor altura literaria, hasta un par de docenas de nombres importantes. Gente de letras con cultura, sensibilidad y varios libros de hondo contenido nacional.

De ellos es el mundo y el futuro literario de España, podemos decir modificando la frase de Pemán.

“Epifanía del Trabajo”

APOLOGÍA DE LA FECUNDIDAD

Estrechamente vinculada con esta disposición de ánimo, que no nos ha de abandonar ya nunca, alimentemos y nutramos de savia y de vitalidad nuestro amor por España, este pentágono peninsular tan querido, que hemos de llevar siempre en el corazón como una venera o un símbolo.

Nuestra Patria, al suroeste de Europa, bañada por los dos mares más próceres del elemento marítimo—el Mediterráneo de la Civilización y el Atlántico de los grandes Descubrimientos—, situada en la zona templada del hemisferio norte, punta meridional del Continente, ha sido envidiada y admirada por el Mundo entero, como la tierra de situación geográfica privilegiada.

La neblina y el frío de los países sajones y escandinavos; la sombría perspectiva de las altitudes y los paisajes de Centroeuropa, de soberana grandeza monumental, pero melancólicos y tristes, parece que siempre han establecido una diferenciación bien patente entre los hombres del Norte y los de nuestro Mediodía franco-ibérico, delimitado por las abruptas orografías andinas de Suiza y el Jura francés, las inextricables frondosidades de la Selva Negra germánica y el Tirol austro-italiano.

Así, España, para los hombres del Norte, fué siempre el país del Sol y del cielo luminoso y de los países sonrientes y de la gracia ingeniosa y espontánea, de que le hablara Erasmo de Rotterdam a nuestro Luis Vives en su correspondencia, durante aquel período agitado del Renacimiento europeo, y con una visión más moderna y latina, corroborarán Próspero Merimée, Mauricio Barrés, Enrique Larreta y Rubén Darío, en sus viajes por nuestra península.

Pero esta característica climatérica, que puede ser un sistema de nuestro carácter optimista, animoso y decidido, precursor de nuestras conquistas y exploraciones audaces y de las joyas literarias y satíricas de Quevedo—soportales evocadores de Salamanca y Alcalá y manes de sopistas y Asmodeos—no es más que otro dato a sumar a las peculiaridades geniales, de tipo espiritual, que han contribuido al florecimiento de nuestros esplendores artísticos, culturales o científicos, que ya tocamos en otros ensayos y que pueden ser recurso y estímulo del resurgimiento futuro de nuestro genio; pero que a nosotros no nos es suficiente para completar la indudable y pujante energía que nos hace falta abocetar aquí como una justificación y un estímulo vulgarizador de la indudable aptitud y los formidables recursos naturales que nos caracterizan, para un renacimiento material y una restauración total de los valores patrios y la propiedad ibérica.

Es que también ahondamos y presentamos la vitalidad y el germen fecundo de energía que España tiene en sus entrañas, latente en los pliegues de sus cordilleras y sus hondonadas y de sus valles y de sus radas marítimas y sus vías fluviales y de sus rutas atlánticas y sus obradores artesanos y sus talleres manufac-

tureros y sus astilleros y sus mundos industriales modernos, en que huele a antracita y a lubricante y cantan los motores partos triunfales.

Es que tenemos esa evidencia que da la confianza en el pacticismo de nuestra actividad, que nos viene de siempre, que ha seguido paralela a las actividades obreñas de los mejores quehaceres universales, sin decaer un momento, a pesar de sus terribles convulsiones guerreras. Es que conocemos nuestra peculiar constitución ibérica, representada por esa columna vertebral que es nuestra Carpeto Vetónica, imponiendo su hegemonía sobre las demás regiones peninsulares, fundadora de nuestra unidad y fomentadora del agro español desde los Reyes Católicos y a todo lo largo del gran proceso político y social de nuestra Edad Moderna. Es que no olvidamos que nuestros recursos naturales constituyen y tienen una prosapia y un rango y un abolengo racial bien determinado e inalienable, en la legitimidad de nuestro patrimonio jamás exhausto.

Son ya en los siglos XVI y XVII los italianos Glucciardini, Navaggiero y Cosme de Médicis, los que señalan la fertilidad de nuestro suelo, características patrimoniales que no han variado en el día y sí fomentándose con los medios modernos, susceptibles de una mayor puesta en producción, si vamos a ello con una unánime actividad de todos nuestros impulsos.

Son los recursos del suelo; la vid famosa de nuestros caldos jerezanos, rivales de Chipre y de Borgoña; las regiones olivareras de la Bética, la horticultura de la Penibética, donde es la chirimoya flor de su vegetación exuberante; el Levante mediterráneo, donde es un vergel la huerta murciana, sonrisa clara del agua en las acequias y policromía colorista de la floración heterogénea de los bancales arroceros y los naranjales valencianos.

Son las industrias textiles de Cataluña, crisálidas de los algodones y lanas australianas, cantando en las máquinas tejedoras, cristalización de aquel antecedente egregio de nuestros famosos **molinos de batán** de Castilla que cantara Cervantes.

Son las minas de hierro y de hulla de Vizcaya; el plomo argentífero del Sur, el cobre y la hulla de Río Tinto; el mercurio famoso del Almadén, en aligera explotación desde los Reyes Católicos. Son las industrias pesqueras de las costas gallegas y cantábricas. Son las ganaderías trashumantes de Tierra de Campos; las viejas y tradicionales merindades castellanas de las mesetas burgalesas y las altiplanicies segovianas, que aún existen del aliento vivificador del Consejo de Mesta de Soria, Cuenca, Segovia, León. Son los artesanos españoles todos, que dan auge y esplendor a las basquiñas de Casmariñas, a los bordados de Lagartera y los damascos de Toledo, a las mantas de Zamora y Béjar; curtidos de Ibiza y lanas manufacturadas de Granada; la cerámica de Talavera, de Sevilla y Manises; las porcelanas de El Retiro, la orfebrería y fábrica de acero de Toledo, donde se hizo notorio Arfe; los vidrios de Barcelona; los muebles y **bargueños** de Bargas y de Salamanca.

Y en un plano de estimación y utilización moderna de la fecundidad nacional, puesta a nivel de esta hora de Europa, en lo agrícola, los cereales de Aragón y de la Mancha, la remolacha azucarera de la Rioja, nuestras superficies forestales del Duero —pinos piñoneros y resineros origen de una actividad fértil y pintoresca— los bosques madereros de los Picos de Europa, de Pancorbo y de la

Fuenfría. Y nuestra producción minera, ya citada, estimada en los más prestigiosos altos hornos de Inglaterra y Alemania. Y los saltos de agua de nuestras vías fluviales más caudalosas, como son el Tajo, el Ebro y el Guadalquivir, sistemas de riego y confederaciones hidrográficas, fecundidad de nuestros regadíos levantinos y meridionales y promesa de una total electrificación ferroviaria que, a través de nuestro país, nos pondrá más cerca del mundo entero que detrás del Pirineo nos envidia.

Y es el resurgimiento y robustecimiento de las capacidades industriales todas, encauzadas en lo europeo por Cronwell en Inglaterra y por Colbert en Francia, el que tiene en España, con los primeros Austrias, un acento más imperial, más menestral, más simpáticamente menestral, dando estímulo a los gremios, haciéndoles que su fecundidad se convierta en nacional, sacándole de su sentido mínimo de carácter municipal, que hasta entonces tuvo, creando los Consulados en las provincias castellanas, con ascendiente jurídico sobre los pleitos y pugnas comerciales; invistiendo a los obreros de consideración social, aboliendo el nombre de viles y plebeyas a las actividades manuales, que desde entonces adquirieron el nombre más decoroso y honroso de oficios; y destruyendo el feudalismo, que a partir de entonces, se supeditaba al poder único del Rey, quien a su vez lo tomaba del pueblo en lealtades y lo devolvía a la actividad popular en pragmáticas beneficiosas.

Y esta tónica de los valores nacionales en actividad, no puede ser anacrónica en nuestra época, porque son valores eternos e inmarcesibles en el tiempo. Porque unidos a esta capacidad creadora, tenemos también abiertos a la expansión de nuestra influencia, los países que, como entonces ya, hablan nuestra lengua o se entienden con nosotros en el latín de nuestros humanistas.

La corriente política mediterránea representada por Barcelona, Valencia y Zaragoza; las relaciones occidentales que nos unen a los países de América con los centros metropolitanos de Sevilla, Madrid y Lisboa, pueden ser en el momento en medio de intercambio comercial, que entonces nos dió esplendor y prosperidad. Los medios económicos de nuestra producción enumerados, son los mismos de nuestra Edad Dorada; los resultados y el complemento de estos medios, sustraídos sus efectos, no pueden representar para nosotros, sino un beneficio neto y una prosperidad efectiva. Apréstemonos con alegría a ello.

Claro está que estos síntomas que quedan abocetados, no son sino la demostración teórica de un manantial teórico de recursos y de elementos, que garantizan el valor intrínseco de todo lo español. Con ser ésto suficiente y de gran importancia, al margen y en rededor de la efectividad indudable de esta riqueza en cuanto estamos encadenados a los imperativos de la vida cotidiana, a la evolución del progreso y a la variedad y diversidad constante de los métodos, las formas y las características que las necesidades y los intereses de cada momento crean en torno de nuestra sociedad, somos una consecuencia del concierto mundial y principalmente europeo, en que gravita el sistema de toda economía.

(Continuará)

B e n j a m í n R A M O S G A R C Í A



NIEVE

**Marginalias a la primera
nieve del año.**

La nieve no la trajo el frío.
Llegó amparando la marcha
de ese viejo caduco y
rugoso llamado Diciembre.

Si me convirtiera en nieve—dice el agua del río—cobijaría
aquella iglesia morena y chiquita.

Un niño desnudo cuenta
tras los cristales de un mirador
los copos blancos que son trozos minúsculos de alas de ángeles.

La nieve trae en los labios una canción fresca.
La nieve roba al pan su ruido de calor de horno.

Las yuntas cambian la música al eje de las carretas porque pisan una blancura
difundida.

No existe un espacio de tiempo mejor cronometrado que el que transcurre en
llegar los copos al suelo. Lo cronometra la cigüeña en su nido y la rosa nacida
en invierno—en aquel rosál que perdió su almanaque una noche de feria de
San Andrés—.

Si interrogas al viento, él te lo dice.
Si miras al transeúnte, él te lo confirma.
La actividad de todas las chimeneas, te lo advierten.
Todos te lo dan a entender sin palabras:
—Va a nevar.
—Está nevando.

Jamás se evoca mejor a Abril que en estos momentos.

Un lobo atraído por el paisaje se acercó al poblado y puso fin a 23 años exactos
de vida. La sangre firmó en la nieve el certificado de defunción.

Si me convirtiera en nieve—dice el agua del río—cobijaría aquella iglesia morena
y chiquita. Y otras veces: o tal vez me sentaría en la piedra de los enamorados.

La nieve hace de álamos negros, almendros florecidos.

Y el Ebro—¡oh, río heroico!—se detiene de hito en hito en sus balbuceos de
niño crecido en blancura.

Si Abril despertara sólo un momento, se quedaría helado. Y sus rosas.

Enero pide un clavel para, con el clavo de su olor, fijar al Sur en la primera esquina del poblado como viento eterno.

Todos los pájaros se quedaron sin alas bajo los aleros.



La nieve hace de álamos negros, almendros florecidos.

La nieve cómo uniforma a la montaña. No existe modisto que la aventaje en prontitud y elegancia.

Se siente pudor cuando se sale una mañana a la calle y hay que abrir huellas en la nieve que no se ha visto caer.

Una oveja buscaba a su hijo perdido entre copos blancos recién caídos. Pero el recental era tan blanco y tan tierno que se confundía con la nieve y la madre no lo veía.

El paso por los puertos de pastores y ganados ha quedado sustituido por el de jóvenes de la ciudad con esquís recién barnizados y lanas recién adquiridas. Como corresponde a la primera nieve del año.

¡Ay!, cómo hiela la nieve que se posa sobre los hombros de las seis de la mañana.

J u a n J O S É F E R N Á N D E Z

En Reinos, 1939.

Y el Ebro—¡oh, río heroico!—
se detiene de hito en hito en
sus balbuceos de niño crecido
en blancura.



Ayuntamiento de Madrid

Antena Literaria

El escritor Teófilo Ortega, de la vieja guardia de la Falange, ha creado una selecta agrupación literaria para la prensa del movimiento. En la lista de escritores, figuran para la colección «Jorge Manrique» hasta ahora: Eugenio D'Ors, Angel B. Sanz, Abad Ojuel—director de UNIDAD—Monse Mariño, Salazar, Angel M.^a Pascual y Julio Estefanía.



En el concurso literario últimamente organizado por el Ateneo de Sevilla, obtuvo el primer premio el veterano escritor Pedro A. Morgado y se otorgó mención honorífica al escritor sevillano Julio Estefanía. Nuestra enhorabuena.



ENRIQUE DEL PINO EN «CAUCES»

El gran artista fotográfico Enrique del Pino va a colaborar en estas páginas. En el presente número de «CAUCES» pensábamos insertar su foto titulada «Agua iluminada», interior de columnas en el depósito de Tempul. Un retraso sufrido en el envío de los clisés, nos impide ofrecer a nuestros lectores, desde hoy, el fino y depurado estilo de este gran artista de nuestro Jerez.

En el próximo—número 22—daremos esa fotografía y en lo sucesivo proseguirá su selecta colaboración gráfica, de cuya llegada somos los primeros en alegrarnos.



Estefanía prepara en Sevilla su Revista de Semana Santa CHRISTUS y la Asociación de la Prensa su Revista anual de Primavera.



Francisco Gómez de Travedo ha terminado en Algeciras su novela concebida en el frente. Algo sabemos ya de lo que será, pero por hoy nos limitamos a anticipar la noticia. Será, desde luego, un nuevo acierto del buen escritor gaditano, tan conocido de los lectores de «CAUCES».

EN TORNO A UNA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE REVISTAS Y PERIÓDICOS JUVENILES

Los jóvenes y sus revistas merecen especial atención en los centros culturales del mundo civilizado, porque ellos son el árbol fresco, plétórico de savia, de retoños ingenuos; árbol de la juventud, impaciente por florecer y cuajar en frutos jugosos, maduros; árbol en cuyas verdes ramas germinan todos los cantos y anidan todos los ensueños; árbol de mil ramas que crecen en todas las direcciones estéticas y dan nombre y cobijo a las más nobles y atrevidas inquietudes.

En París—¡el inevitable París al hablar de estas cosas!—ya se celebró el pasado año una “Exposición de Revistas Juveniles”, en el *Atelier de Dublin*, a la cual concurrieron los más simpáticos y extraños títulos. Recordamos algunos: los había vivos, inquietos, que hablaban de movimiento, peregrinación y aventura, como “Chemins Nouveaux”, “Parçous”, “Eleans”, “La Part du Feu”, “La Proue”, “La Barre”, etc; otros que bogaban por un mar estético, estilizado, como “La Bouteille a la Mer”, lanzada por Hugo Fouras y que sigue flotando en la actualidad; otros evocadores, novísimos, como “Soutes”, “Aguedad”, “Réverbères”, “Pont Mirabeau”; “Lunain”, que dirige Louis de Gonsague Frik y su afluente normando “Lunain Bajocasse”, “Las Feuilletts de l’Ylot”, “L’Oiseau Mouche”, “Les Cachiers de la Jeunesse”, “Corymbe”, “La Tribuna des Jeunes”, “Critique 38”, “Le Cocktail Littéraire”, “L’Ossu”, “Le Quartier Latin” y “L’A”.

Hubo en aquella Exposición de Revistas Jóvenes algunas que fueron vanguardistas y hoy son serias publicaciones, con grandes masas de lectores, como “Mesures” y “Les Cahiers du Sud”. Y otras que siguen el rumbo de las citadas, como “Les Nouvelles-Lettres”, “Volontés”, “Anthologie”, “Transjurane”, etc.

Ramilletes de sumarios, de manifiestos estéticos, de rosas líricas a medio abrir, de setos de prosa recortados ingeniosamente con las más audaces, rientes y extrañas simetrías: poesía y juventud, promesa y realidad en estrecho lazo.

Y ahora se anuncia una nueva exposición de revistas juveniles, organizada Gastón Diehl, de más radio y resonancia que la anterior, en el *Musée Pédagogique* de la rue d’Ulm.

Italia podía enviar sus magníficas “Revista Letteraria” y “Libro é Moschetto”, de Milán; “Giornale dell’Arte”, de Parma; “Il Lambello”, de Turín; “Meridiano di Roma”, “Quedrivio”, “Omnibus”, “Latina” e infinitas más de Roma.

Para más tarde, cuando la gloriosa Cruzada española termine, brindo a las flamantes y magníficas Revistas juveniles “Isla” y “Cauces” la idea de organizar en nuestro Imperio una Gran Exposición de Revistas Juveniles de Naciones Amigas, porque amor a las Artes y a las Letras siempre fué, es y será honra y orgullo, blasón y escudo de la gloriosa Raza española.

J o s é S A N Z Y D Í A Z

BIBLIOGRAFÍA



«POR LAS ROCHAS DEL TAJO» —Editorial Santarén.—Valladolid: 1939. —De JOSÉ SANZ Y DÍAZ. —Hemos recibido este último volumen de la editorial Santarén, en el que, con un bello prólogo de Mariano Tomás, se agrupan, unidas, las crónicas de guerra que José Sanz y Díaz, Capitán de letras y cruzados, hiciera en honor del invicto Tercio de los requetés de Doña María de Molina.

Mucho conocemos ya de la pluma de Sanz y Díaz. Sus novelas, sus ensayos: y ese calor diario, que de antiguo conocíamos, con que hacía gala de sus insobornables ideales, en toda la prensa de España. Siempre encontramos en ellos, un como anhelo de íntima serenidad, muy del cielo castellano bajo el cual ha vivido siempre el notable escritor de Molina de Aragón. Pero es cierto —y no incurrimos con ello en el formulismo bibliográfico de la gran prensa—que éste último, al menos a nuestro criterio propio, es el mejor y más logrado de todos. Hay algo especial en sus páginas, que le define: su realidad y el ancho tono sincero de que está ungido. José Sanz y Díaz fué oficial de aquella entusiasta columna, desde los días primeros del Alzamiento: y traía en sus ojos color de atardecer de Soria y canciones aragonesas, en esforzada ronda digna de laudo. Encanta y atrae la sencillez de alma con que Sanz y Díaz lo describe todo. Y la tierna evocación que de las *margaritas* españolas hace: siempre al pié del dolor y del martirio, con manos de ángeles. Sanz y Díaz, de la vieja guardia, en vela incansable por las ideas excelsas de la Tradición, ha hecho, con este volumen *Por las rochas del Tajo*, su más definida y exacta obra. Nosotros, con la alegría con que siempre acogimos todo cuanto vino de su pluma, ofrecemos desde esta página, nuestro saludo a su autor, augurándole un alto y lisonjero éxito de crítica y de público. Por lo mucho que el libro tiene de España.

L u i s D E B A R J A

ISLA n.º 15.—Hemos recibido el n.º 15 de esta bella y poética revista de Pedro Pérez Clotet. Colaboran en este nuevo número, Argimiro Aragón, Ruiz Peña, Miranda, Adriano del Valle, Pérez Clotet, Romero Murube, Juan Sierra, Hernández-Rubio y otros. ISLA continúa en su rumbo de arte y poesía, sobre los mismos, filiales, caminos de su origen. Agobios de espacio—que nos obliga en este número a suprimir NUESTRA PÁGINA DE HONOR—nos impide comentar con más detalle esta nueva aparición de la gran revista hermana.

FERMIN
ZAPATA



SEGUROS
GENERALES



Mateos Gago, 38.

Rodrigo Caro, 1.

Teléfono 21792

SEVILLA

Conca Hermanos, S. A.

CASA CENTRAL:

BENEJAMA (Alicante)

Aceites Orujo - Vinos y Aceitunas



SUCURSALES:

MANZANARES (Ciudad Real)

ROCIANA (Huelva)



Alcoholes rectificadas : Vinos
- Mistelas y Concentrados. -

“Monja Quina”



Cayetano del Pino y C.^a, S. L.



JEREZ



GROSSO Y C.^A
CONSIGNATARIOS DE BUQUES

Apartado 38
Teléfono 2329

CADIZ



“La Unión y El Fénix Español”

Compañía Española de Seguros

FUNDADA EN 1864

Domicilio legal: BILBAO

Calle ARENAL, n.º 3.

(EDIFICIO DE SU PROPIEDAD)

SEGUROS de Incendios, Vidas, Rentas vitícolas, cosechas, transportes, accidentes y otros ramos.

Subdirector para CÁDIZ y su provincia:

RAMÓN GARCÍA BLANCO

Cánovas del Castillo, 26.

Teléfono 1448



“Viajes Bakumar”

Baquera, Kusche y Martín, S. A.

Pasajes marítimos de todas clases.

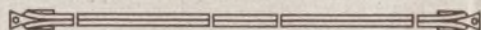
Pasajes aéreos para la Península y Extranjero.

Seguros marítimos por la renombrada Compañía alemana **La Norddeutsche.**

INFORMES: Plaza de las Cortes, 15.

Teléfonos 1820 - 1415

CADIZ



J. FIALLO

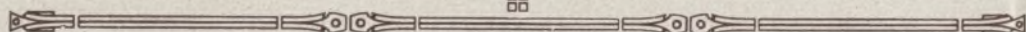
Trabajos fotográficos de todas clases.

La más visitada.

Taller para aficionados.

Santa María, 15.

JEREZ



SASTRERIA Hijo de Joaquín M.^a Lahera

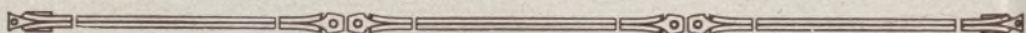
CASA FUNDADA EN 1868

Vestuario para Ejército y Armada - Efectos militares.

Duque de la Victoria, 3 y 5.

Teléfono 1136

CADIZ



Tipografía M. Martín

José P. Díez, 7. - Teléfono 1259 - Jerez

CASA
ESPECIALIZADA
EN
TRABAJOS PARA
EL COMERCIO
Y LA INDUSTRIA

DE NUESTRO PROXIMO INDICE

MISA DE DOCE EN SAN MARCOS	<i>Luis Pérez Solero.</i>
ANGELES DENTRO	<i>Argimiro Aragón.</i>
FOLKLORE:	
Canción de la Sierra (con ilustración musical del Maes- tro ALVAREZ BEIGBEDER)	<i>Pedro Pérez Clotet.</i>
ALTO DESTINO DE ESPAÑA	<i>Jesús de las Cuevas.</i>

Encuesta literaria:

BENJAMÍN RAMOS GARCÍA

PEDRO PÉREZ CLOTET

EDITORES:

Francisco MONTERO GALVACHE

José María HERNÁNDEZ - RUBIO

y Pedro MONTERO GALVACHE

J E R E Z D E L A F R O N T E R A

Ayuntamiento de Madrid

